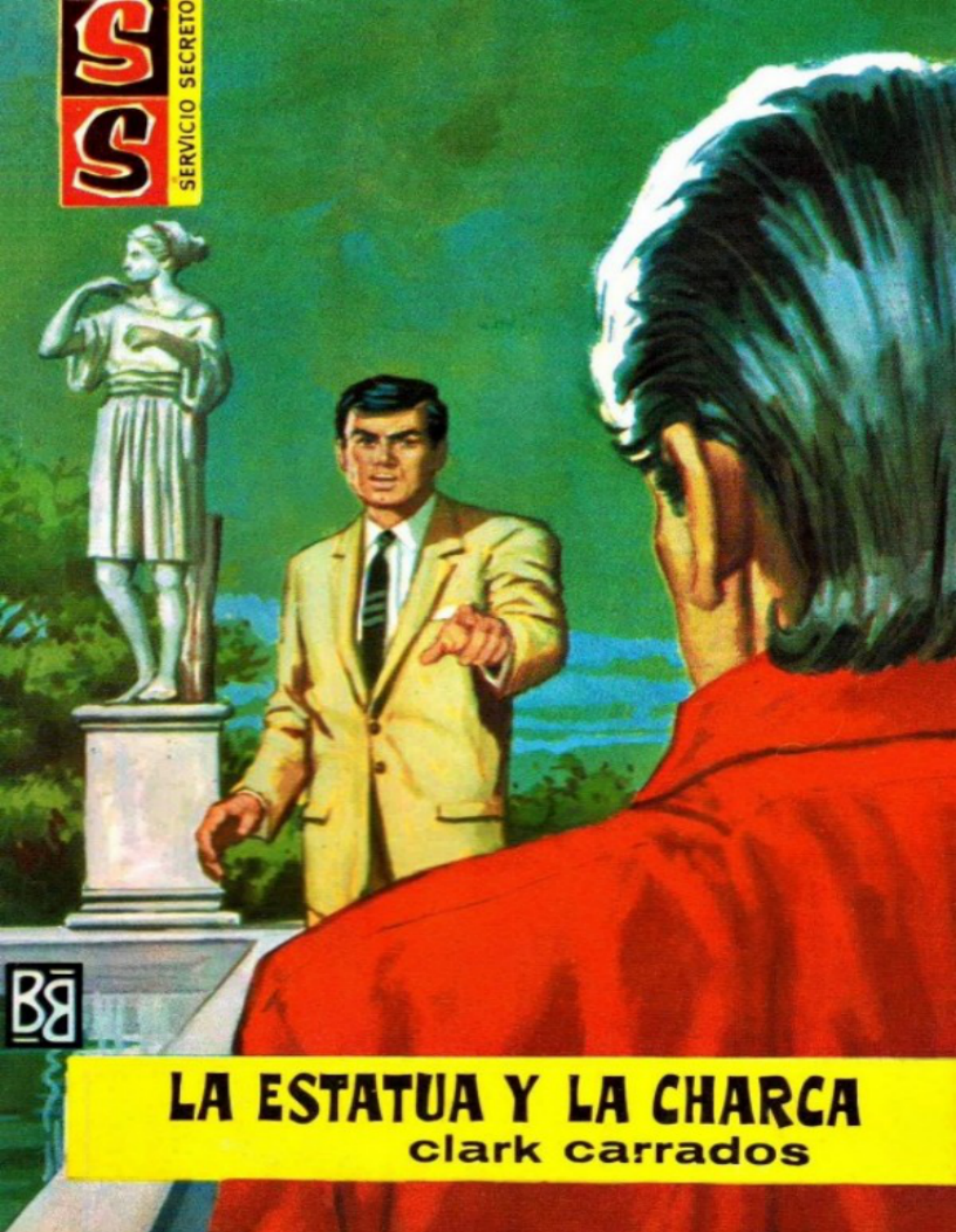

SS
SERVICIO SECRETO
BB
LA ESTATUA Y LA CHARCA
clark carrados

CLARK CARRADOS

LA ESTATUA Y LA CHARCA

Col. SERVICIO SECRETO n.º 681
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15.665-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2297/63

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
802. Hombre de pistola.

En Colección SERVICIO SECRETO:
678. Una sombra al acecho.

En Colección BÚFALO:
508. Las armas del diablo.

En Colección TEXAS:
336. Entiérrame hondo.

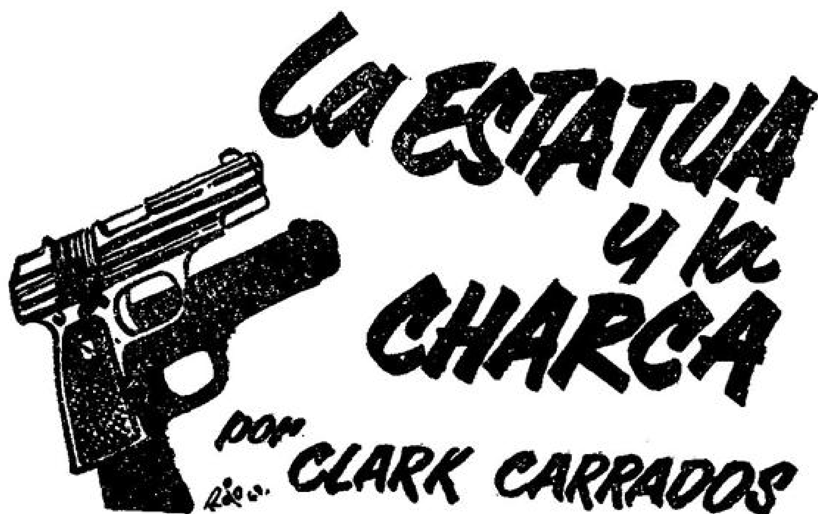
En Colección CALIFORNIA:
357. Violencia bajo el sol.

En Colección COLORADO:
Río satánico.

En Colección KANSAS:
346. La herradura mellada.

En Colección PUNTO ROJO:
68. La banda fantasma.

En Colección BRAVO OESTE:
114. La mecha y el barril.



PRÓLOGO

La estatua representaba a una mujer. Por las mañanas, el sol le daba de lleno al salir, iluminándola en rojo, que luego giraba a un rosa de delicados matices y que tras fulgurar unos instantes convertido en un glorioso amarillo, se convertía finalmente en un blanco resplandeciente, maravilloso, de deslumbrantes tonalidades.

La mujer representada allí era joven, de formas perfectas. Había sido esculpida a la moda griega, esto es, con los cabellos recogidos por una cinta que daba varias vueltas en torno al gran moño de grandes rizos de la nuca, y una corta túnica que le llegaba a la mitad de los muslos, los pliegues de la cual imitaban las arrugas causadas al ser agitada por una brisa fresca. La túnica estaba atada en el hombro derecho por un broche simulado y dejaba el izquierdo y el seno del mismo lado al descubierto, quedando sujeta al talle por un cíngulo trenzado, cuyos extremos caían casi hasta el borde de la prenda. Parecía una Diana cazadora, en actitud de correr tras la presa, aunque sin arco ni flechas, persiguiendo quizás a un cervatillo para jugar con él. Era una estatua maravillosamente cincelada, de cuyos labios, delicadamente entreabiertos, parecía escaparse un hálito de vida.

Sus pies, desnudos, estaban apoyados sobre el capitel de una columna de estilo dórico, de cuyo fuste solo emergía una pequeña fracción de menos de medio metro. El pedestal, entre fuste y capitel,

medía un metro de altura, aproximadamente. Era también blanco, como la estatua.

La estatua se hallaba al borde de la charca. Esta mediría unos cuarenta o cincuenta metros de diámetro y estaba bordeada de cañas y hierbajos, además de algunos sauces llorones de gran tamaño, dos de los cuales formaban como un dosel de ocho o diez metros sobre la estatua. Las aguas de la charca eran verdosas y ofrecían el aspecto típico de los lugares semejantes en que el líquido no se renueva o lo hace muy lentamente. Flotaban en su repulsiva superficie fragmentos de cañas y hierbajos muertos, de los cuales se desprendía un olor nada agradable. En algunos lugares de la orilla, el suelo era esponjoso y cedía fácilmente a la presión del pie humano. Era fácil caerse a la charca si no se tenía cuidado al caminar en las cercanías de la misma.

Quizá por eso mismo habían colocado la estatua allí, junto a la hedionda charca, para que le sirviese de contraste e hiciera resaltar aún más la magnificencia de su escultura, buscando el choque de lo bello con lo feo, de lo hermoso con lo monstruoso, de la bondad con la perversidad; de la misma manera que las damas de la antigüedad gustaban de que los pintores las retratasen junto a los enanos deformes y contrahechos que les servían de bufones, a fin de que su belleza resaltara más todavía.

Un pequeño caminito de grava, de unos dos metros de ancho y treinta o cuarenta de longitud conducía desde aquel lugar a la mansión de los Sharrell.

CAPÍTULO PRIMERO

El día era caluroso cuando detuve mi viejo descapotable «Lincoln 55» en la Calle Mayor de Blakeville, frente a un rótulo que prometía felicidad para los sedientos. Cerré el gas, me eché las llaves al bolsillo y con el sombrero casi en la nuca y la chaqueta colgando del hombro izquierdo, crucé la acera y entré en el bar.

Torcí el gesto al ver el interior del local. Estaba sucio y descuidado. En un rincón vi una mancha viscosa de Dios sabía qué podía ser, rodeada de moscas zumbadoras. Los cristales necesitaban una buena limpieza y las mesas estaban llenas de manchas de fondos de vaso. El espejo que había al otro lado aparecía cubierto de una leve película que opacaba sus reflejos, y los zumbantes dípteros habían dejado allí miles de sus ultrajantes huellas. No obstante, parecía estar bien provisto de botellería. Mi duda estribaba en la existencia de hielo.

Un hombre salió por la puerta. Era de mediana estatura, calvo por completo, en mangas de camisa, la cual aparecía sudada en la pechera, y con un pringoso delantal que protestaba a gritos por una buena lavada. El tipo ostentaba un bigote entrecano de lacias guías y debajo de los ojos tenía sendas bolsas que hacían juego con la flotante papada de su mandíbula. En suma, era el sujeto que uno hubiera esperado ver al entrar en aquel infecto tugurio.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté—. ¿Qué tiene fresco por ahí?

—Le echo hielo —respondió el hombre—. ¿Qué quiere usted?

Señalé con el dedo una botella sin abrir.

—Descórchela. Ponga cinco dedos en un vaso, añada otro tanto de soda y luego rellene el resto con hielo.

El «barman» me miró con suspicacia.

—Le costará un dólar y medio —anunció.

—No he hablado del precio —respondí secamente. Y para que viera que podía pagar, deposité dos billetes sobre el mostrador.

El calvo de los bigotes descolgó la botella. Realizó todas las operaciones en silencio, mientras a mí se me hacía la boca agua pensando en el refresco. Cuando terminó, alargó el vaso hacia mí y puso los codos sobre el mostrador.

—¿Forastero?

—Sí —dije, paladeando la bebida. El bar era un sitió infecto, pero al menos sabían servir.

—Me llamo Harvey, Danton Harvey —dijo el «barman».

—Jeff Gruder —contesté.

—¿De paso por Blakeville?

—No. Pienso estar algunos días. Una semana o dos, depende.

—¿Viajante de comercio?

—Escritor.

Harvey sonrió con un lado de la boca.

—Busca color local, ¿eh?

—Así es.

—En este pueblo tenemos muy bien sujetos a los negros. Usted, ¿de qué parte está, Gruder?

—Mire el color de mi piel —dije, mientras pegaba otro tiento al vaso.

—Entonces, si no busca cosas de los negros, ¿qué diablos puede buscar en un pueblo de mala muerte como Blakeville?

—No todas las historias que se pueden contar de un pueblo sudista tienen relación con los negros, Harvey.

El dueño del bar hizo un gesto ambiguo.

—Por aquí pasaron otros escritores. Todos querían conocer detalles de lo que hacemos los blancos de Blakeville con respecto a la población de color. Algunos se mostraron demasiado impertinentes y tuvieron la respuesta adecuada a sus groserías.

La amenaza era velada, pero definía con alguna claridad lo que podía llegar a sucederme si hacía preguntas demasiado indiscretas.

—A mí me parece que ese problema les preocupa a ustedes demasiado —repliqué.

—Si viviese usted aquí, también estaría preocupado, Gruder.

—Puede ser —contesté. Terminé el contenido del vaso y ya me disponía a salir cuando entró una mujer.

Era joven, de cabello muy moreno, ojos ardientes y formas exuberantes y voluptuosas. Vestía pobremente, pero con limpieza y llevaba pendiente de la mano un bolso de rafia roja, ya bastante usado. La blusa era muy escotada y dejaba al descubierto una buena porción de su busto abundante y firme. Sin embargo, una gran parte de aquella belleza, un tanto selvática, quedaba desvirtuada por las húmedas manchas obscuras que se le veían en los sobacos de la blusa.

—¡Hola, papá! —dijo la chica. De pronto reparó en mí y me contempló a través de sus largas pestañas—. Vaya, un forastero en Blakeville.

—Bonita —dijo Harvey—, ¿dónde has estado?

—De paseo, papá —contestó ella sin dejar de mirarme.

—¿De paseo… desde las once de la mañana a las dos de la tarde? —El tono del viejo Harvey era irritado, estridente—. La casa está sin hacer, revuelta por todas partes… y tú te vas de paseo. Mira cómo está el bar; todavía no lo has fregado desde que anoche ese maldito borracho devolvió su primera papilla…

—Contrata una negra para que te lo limpie —replicó la muchacha en el mismo tono—. Yo estoy harta ya de parecer una criada para obtener un par de dólares y tener que aguantar, además, todos los manoseos de los sujetos rijosos y lascivos que vienen a este maldito bar.

—¡Bonita! —chilló su padre, con la calva teñida de rojo.

—Es la verdad. ¿Por qué hemos de ocultarla? Tú lo sabes muy bien; si no fuera por mí, tendrías que cerrar al día siguiente. Y un día puede que lo hagas.

—Ya has vuelto a ver a Tom Crandall —gritó Harvey—. Te dije que no volvieses a ver más a ese vago, ese sujeto que no tiene ni diez palmos de tierra donde caerse muerto.

—Sí —contestó ella acaloradamente—. He estado con Tom. ¿Y qué pasa? Le gusto y me gusta. Un día haremos una barbaridad los dos y...

—Una vez le ofrecí un empleo de camarero en el bar y lo rechazó. Era humillante para él —contestó Harvey en tono despectivo—. Un caballero del Sur no puede descender a servir bebidas en las mesas o detrás del mostrador. No puede casarse tampoco con las hijas de los blancos pobres, porque es un aristócrata de sangre azul... pero se muere de hambre y la casa se le cae a pedazos. Mejor sería que hicieses caso a Rhett Sharrell...

Bonita escupió en el suelo.

—¡Rhett Sharrell! Antes me cortaría el pescuezo con tu navaja de afeitar, papá. Ese bastardo tonto y anormal... ¿Qué hijos tendría de él, quieres decirme?

—¡Basta ya, Bonita! —gritó su padre—. Tenemos gente delante; repórtate.

—Empezaste tú, recuerda —contestó ella desafiante, con los senos temblorosos por la indignación. Luego me dirigió una honda mirada, a la vez que sonreía levemente, con cierta incitación en el gesto de sus labios—. No le había visto nunca por aquí, señor...

—Gruder, Jeff Gruder. Pero puede llamarme Jeff.

—Yo soy Bonita, la hija de esa vieja carraca sin pelo que tiene usted delante —me tendió la mano con gesto desenfadado—. Me alegro de verle por aquí.

—Digo lo mismo, Bonita.

—El señor Gruder es escritor —terció su padre.

—Ah —murmuró ella, sin dejar de mirarme.

—Estaré en Blakeville una o dos semanas. ¿Pueden indicarme un hotel? —pregunté.

—Vaya al «Trece Estrellas», Jeff —indicó Bonita—. Dígales a la dueña, Sarah, que va de mi parte. Le atenderá bien.

—Muy amable de su parte, Bonita. Y ahora otra pregunta. Dado que soy forastero, ¿podrían indicarme el camino para llegar a la mansión de los Sharrell?

La sonrisa se borró instantáneamente de los rostros de ambos, padre e hija. Los ojos de Bonita adquirieron una expresión particularmente dura.

—No es difícil encontrarla —manifestó con seco acento. Giró en redondo y se metió dentro de la casa con rápido taconeo.

En cuanto a Harvey, se puso a fregar el mostrador, con la cabeza gacha. Viendo que no me dirían lo que deseaba saber, giré sobre mis talones y me encaminé hacia la puerta.

El hotel «Trece Estrellas» tenía como muestra una bandera de la Confederación, pintada sobre la madera. En aquel pueblo miserable vivían todavía en el siglo pasado. Y el hotel parecía también del siglo pasado, aunque estaba incomparablemente más limpio que el bar del viejo Harvey.

Entré en el hotel y llegué al desierto mostrador de la recepción. Toqué la campanilla que había sobre el mismo y esperé.

Unas cortinas se movieron tras el mostrador y una mujer apareció frente a mí. Era joven, aunque bastante mayor que Bonita. Calculé su edad en treinta y dos o treinta y tres años; de estatura superior a la normal, cabellos de un rojo estridente y ojos peligrosamente verdes. Vestía una bata floreada de delgado hilo, que contenía mal las desbordantes curvas de su pomposa anatomía. Era evidente que luchaba contra la grasa con todas sus fuerzas y aunque ahora el combate se mantenía sin fluctuaciones para ninguno de los dos bandos, a la larga acabaría perdiendo ella. La incipiente papada que se le veía bajo el carnoso mentón confirmaba de modo rotundo mis suposiciones.

—¿Sí? —dijo con el lento y espeso acento del Sur.

—¿Tiene una habitación para mí? —pregunté—. Me recomienda Bonita Harvey, señora.

El rostro de la opulenta individua se animó de pronto. Una sonrisa apareció en sus carnosos labios.

—Soy la señora O'Moyne —dijo—. La dueña del hotel.

—Encantado de conocerla, señora O'Moyne. Mi nombre es Jeff Gruder.

—Mucho gusto, señor Gruder —contestó ella, dando la vuelta al libro registro para que firmase en él. Mientras lo hacía, me preguntó—: ¿Muchos días en Blakeville?

—Depende. Una o dos semanas, señora O'Moyne.

—Llámeme Sarah, Jeff —dijo ella, apoyándose de modo provocativo en el mostrador—. En este pueblo somos poco dados a los convencionalismos.

Arrojé una mirada al impresionante panorama que se divisaba desde mi sitio.

—Ya, ya he tenido ocasión de comprobarlo. ¿Qué habitación me corresponde, Sarah?

—La número trece. Da a la parte trasera del hotel, pero es la más fresca y ventilada —ella sonrió como disculpándose—. El negocio no da tanto como para instalar un sistema de acondicionamiento de la atmósfera.

—Se comprende, claro —respondí—. Mis maletas están en el coche. ¿Podrá enviármelas a mí cuarto?

—Ahora mismo le enviaré a mí criada, Jeff —dijo ella sin dejar de sonreír.

De pronto me acordé de una cosa.

—Tengo que ver en Blakeville a un ciudadano muy importante. Se llama Bram Sharrell. ¿Por dónde puedo ir a su casa?

La sonrisa se borró de los labios de Sarah O'Moyne. Enderezó el cuerpo y me miró con gesto duro.

—Bram Sharrell —repitió.

—Eso he dicho, Sarah.

—Cualquiera podrá indicarle el camino, Jeff. He tenido mucho gusto. Adiós.

Y se metió en el cuarto que había tras el mostrador, dejándome con la palabra en la boca.

Subí a mí habitación, sumamente pensativo. Eran ya dos personas, no, tres, mejor dicho, las que me habían dejado con la palabra en la boca apenas pronunciado el nombre de Sharrell. ¿Por qué callaban?

Cuando, minutos más tarde, me sumergí bajo el chorro de agua de la ducha para refrescarme en aquella calurosa tarde del Sur de Georgia, no había conseguido aún hallar la respuesta a mí problema.

CAPÍTULO II

Sonaron unos nudillos en la madera de la puerta. Estaba vestido solamente con unos pantalones de hilo y unas zapatillas de rafia, así que me puse apresuradamente una camisa sobre el torso y acudí a abrir.

Un sujeto apareció ante mí vista. Era delgado como una espada, de ojos globulosos y pómulos salientes, lo cual constituía una de las combinaciones fisonómicas más extrañas que había visto hasta aquel entonces. Llevaba un sudado sombrero de anchas alas y vestía camisa y pantalones de color *caki*, la camisa húmeda de sudor en algunos puntos. Se sostenía el pantalón con un ancho cinturón de cuero negro, del que pendía un revólver de gran calibre. En el lado izquierdo de la camisa llevaba una estrella de seis puntas.

—Soy el alguacil de Blakeville —se anunció—. Mi nombre es Cad Caddick.

—Bien, mucho gusto en conocerle, alguacil —dije. Me eché a un lado—. ¿Quiere pasar?

Cad Caddick entró en la habitación, mirando con suspicacia a todas partes. Vio las dos maletas abiertas de par en par sobre la cama y vio también el manojo de cuartillas y la máquina portátil de escribir que había dejado sobre la mesita situada en un lado del cuarto. Cerré la puerta mientras Caddick se metía en la boca un trozo de tabaco de mascar, sumido en un especulativo silencio.

Encendí un cigarrillo y esperé. Caddick empujó con la lengua la mascada de tabaco y la mejilla izquierda se le hinchó.

—Ha venido a tomar apuntes —dijo.

—Sí, soy escritor.

—Aquí tratamos bien a los negros. Tienen su barrio aparte, mucho más limpio que en otras ciudades, y no carecen de ninguna de las comodidades que pueden encontrar en una ciudad del tamaño de Blakeville. No les dejamos que se mezclen con los blancos, eso es todo, señor Gruder.

—Mi interés literario por los negros es nulo, alguacil —respondí amablemente—. El tema de mi libro versará sobre un tema muy distinto, y aunque es muy probable que aparezca algún negro en el mismo, su papel será episódico. No pretendo meterme a redentor de la raza de color ni tampoco escribiré alegatos sociales. ¿Está claro?

Caddick trató de digerir mis palabras.

—Entonces, ¿de qué diablos va a tratar su libro? —inquirió, extrañado.

—Versará sobre la historia de las grandes familias del Sur. Una de

ellas reside aquí, en Blakeville. Me refiero a los Sharrell, por supuesto.

El poco color que había en el rostro de Caddick desapareció al instante.

—¡Los Sharrell! —repitió.

—Eso es, alguacil —ya no me extrañaba del cambio de actitud en una persona cada vez que mencionaba un apellido que parecía estar maldito.

Esta vez, sin embargo, había algo diferente en el rostro de Caddick; había miedo, diciéndolo lisa y llanamente. Reunió fuerzas y me preguntó:

—¿Para qué quiere ver a los Sharrell?

—Ya se lo dije antes, alguacil. Estoy reuniendo aquí anotaciones para escribir la historia de las grandes familias del Sur. Los Sharrell son una de esas familias, es todo.

—No lo creo.

—¡Cuidado, alguacil! Lo que acaba de decir es un insulto. Mientras no se demuestre lo contrario, soy un ciudadano libre y honrado. Su estrella no le da derecho a ofender a las personas decentes.

—Sé lo que puedo hacer y lo que no puedo hacer con mi estrella, maldita sea —juró Caddick—, y una de las cosas que puedo hacer es echarle de Blakeville si veo que su presencia aquí es nociva para el bien de la comunidad, ¿me entiende?

—¡Qué a pecho se toma usted la defensa de este poblacho! —exclamé sarcásticamente—. Seguro que Blakeville es una ciudad donde la gente duerme con las puertas abiertas de par en par, ¿no es así?

El rostro de Caddick se congestionó.

—Si quiere un consejo, Gruder, váyase de la ciudad.

Váyase antes de que sea demasiado tarde para usted.

Aplasté mi cigarrillo contra un cenicero.

—Encuentro raro que un representante de la Ley se dedique a proferir amenazas. ¿Acaso le paga Sharrell por mantener a Blakeville limpia de curiosos?

Los dientes del alguacil crujieron. Estuvo a punto de escupir el tabaco en el suelo, pero se contuvo, sin duda pensando en las iras de Sarah O'Moyne.

—Haga lo que le digo, Gruder —contestó secamente. Y se dirigió hacia la puerta.

Cuando ya tenía la mano sobre el pomo, le lancé una pregunta.

—Alguacil, ¿oyó hablar usted alguna vez de una muchacha llamada Mary Pine?

Caddick volvió la cabeza lentamente. Pude ver en su rostro algo semejante a una paletada de ceniza arrojada repentinamente sobre el mismo.

Su labio inferior tembló perceptiblemente.

—Váyase de Blakeville —y cerró con tremendo portazo.

Estuve unos momentos indeciso, reflexionando sobre la interesante conversación sostenida con Caddick. Luego toqué el timbre; el hotel carecía de teléfono interno en las habitaciones.

Unos momentos después apareció la negra que hacía de sirvienta para Sarah O'Moyne.

—Súbame una botella de buen *whisky*, soda y un cubo lleno de hielo —le entregué un billete de cinco dólares—. Guárdate la vuelta, Sissy.

La negra dobló las rodillas a la vez que me enseñaba la blancura de sus dientes.

—Me «yamo» Alma, «señó» —dijo dulzonamente—. «Grasias, señó».

—Me alegro de saberlo, Alma. Anda, súbame pronto el pedido, Alma.

Era una negra joven y bien formada. Me lanzó una mirada de carnero degollado y dijo:

—Sí, «señó» —saliendo acto seguido de la estancia.

Alma volvió minutos después con el encargo, que depositó sobre la misma mesita en que tenía la máquina de escribir. Preparé tres dedos de licor, varios cubitos de hielo y un generoso chorro de soda, tras de lo cual inserté una cuartilla en el rodillo y me puse a escribir.

Estuve así cosa de un par de horas, dándole al teclado, hasta que empezó a oscurecer. Entonces me serví otra dosis de licor y di la tarea por terminada.

Estaba a mitad de la bebida cuando alguien llamó a la puerta de mi cuarto.

—¡Adelante!

Un hombre entró en la habitación. Era alto, fornido, voluminoso, de ojos salientes y mentón redondo. Aunque era todavía muy joven, el cabello empezaba a clarear por sus sienes y ya mostraba signos de una indudable inclinación a la obesidad.

—Me llamo Louis Sharrell —dijo, quedándose apoyado en la puerta.

—¿Qué tal, Louis? Yo soy...

—Ya sé su nombre —me interrumpió el recién llegado fríamente.

—Tanto mejor —dije, sin dejar de sonreír—. ¿Un trago para celebrarlo?

—No quiero beber con usted, Gruder. Solo quiero decirle una cosa.

Sin hacerle caso, me serví otra dosis de licor.

—Apuesto a que quiere echarme de Blakeville —expresé calmosamente.

—Tiene usted la virtud de adivinar el pensamiento de las personas, Gruder. Complétela con la de esfumarse a tiempo, antes de que pueda recibir algún perjuicio nada agradable.

Le miré por encima de mi vaso.

—La gente está empeñada hoy en echarme de Blakeville. ¿Qué pasa en este pueblo? He dicho que no quiero meterme en lo que hacen con los negros...

—No estamos hablando de los negros sino de usted, Gruder. Váyase de Blakeville cuanto antes.

Tomé un sorbo de licor con toda tranquilidad.

—Las noticias corren en este pueblo que es un contento. ¿Qué usan en vez del teléfono; el «tam-tam» de la selva africana?

Sharrell se separó de la puerta. Sus puños se cerraron.

—No queremos curiosos en Blakeville —mascullό.

—Eso me deja frío, Louis. Le guste o no, estaré en Blakeville todo el tiempo que me convenga.

—Entonces, tendré que convencerle de la necesidad de marcharse de aquí cuanto antes, Gruder —dijo Sharrell rabiosamente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué medio piensa emplear, Louis?

—Va a verlo ahora mismo —dijo. Entonces le tiré el contenido del vaso a la cara.

Sharrell retrocedió un paso, blasfemando obscenamente. Antes de que pudiera recuperarse, hundí a fondo mi puño izquierdo en su blando estómago, objetivo en el que me había fijado desde un principio.

Hubo una sorda explosión; era el aire que salía violentamente por la boca de Sharrell. Se agarró el estómago con ambas manos, a la vez que se curvaba sobre sí mismo. Entonces le di con el puño en la nuca y cayó al suelo sin sentido.

Volví a servirme otra dosis de licor. Lo que quedaba en la botella de soda fue a parar a la cara de Sharrell. Este se agitó, murmuró algo entre dientes y acabó por ponerse en pie, vacilante y aturdido todavía.

De pronto recordó lo que le había sucedido y quiso venirse de nuevo hacia mí. Levanté en alto la botella de soda. Aun vacía, era un arma contundente. Frenó en seco.

—Cuidado —dije—. No me gustaría tener que rompérsela en plena cara, con las consecuencias que son fáciles de prever.

—Si no se va por las buenas de Blakeville, lo echaremos —tartajeó.

—Eso es algo que está todavía por ver, Louis —dije simplemente.

Estuvimos mirándonos en silencio durante unos momentos. Luego dije:

—Ah, hágame un favor, Louis. Avise a su padre que mañana iré a visitarle personalmente a su mansión. «Los Sauces» se llama, creo, ¿no es así?

—Si aparece por «Los Sauces», le echaremos los perros —dijo rabiosamente.

—Peor para ellos —dije fríamente—. Adiós, Louis.

Sharrell no contestó nada. Dio media vuelta y se marchó.

Al cabo de un buen rato me puse los zapatos y una chaqueta y bajé al comedor. Había muy pocos comensales; un matrimonio de alguna edad, una joven exageradamente pintada y de insinuantes movimientos, cuya profesión podía adivinarse a simple vista y un muchacho de unos veinticinco años, alto, atlético, de cabello rubio y rizado, un verdadero figurín masculino, pese a lo cual no se hacía antipático, como suele ocurrir con los sujetos de tales características físicas. La fulana no hacía más que insinuarse con el joven de los cabellos rubios y constantemente estaba haciendo dengues y mohines para captar su atención, pero el muchacho ni se la miraba siquiera; cenaba con la vista fija en el plato y la expresión seria y concentrada. En vista de su fracaso, la prójima me guiñó un ojo. Le hice un gesto muy significativo, indicando que tenía los bolsillos exhaustos. Ella volvió la cara de inmediato.

De pronto me di cuenta de que tenía a una persona frente a mí. Levanté la vista. Era Sarah O'Moyne.

—¿Puedo sentarme, Jeff? —dijo.

—Claro —contesté, ofreciéndola una silla.

Sarah se había cambiado de ropa y vestía ahora un ajustado vestido de hilo rojo, cuyas fibras estaban sujetas a una peligrosa tensión. El escote era amplio, panorámico; debía ser porque Sarah se sentía terriblemente orgullosa de sus exuberantes encantos físicos. Dentro de unos años estaría gorda y bebería a morro de la botella. Ahora, sin embargo, era una mujer terriblemente atractiva.

—Esta tarde tuvo dos visitas, Jeff —dijo, mirándome por debajo de unas pestañas espesamente cargadas de negro.

—Sí. Es cierto.

Sarah vio la cajetilla de tabaco que había sobre la mesa y se puso un cigarrillo entre los labios, gruesos y sensuales. Se lo encendí y ella dejó escapar suavemente el humo por los orificios nasales.

—Louis Sharrell bajó muy enojado.

—Es lógico. Le ablandé el estómago y luego le hice una caricia en la nuca.

La risa bailó en los verdes ojos de Sarah.

—Ese Louis... —dijo—. Su orgullo ha debido quedar muy mal parado. Presume de no haber sido derribado nunca.

—Entonces, puedo anotarme ese récord, Sarah. Hoy cayó como un tronco cortado por el leñador.

—¿Por qué le golpeó, Jeff?

—Para evitar que él me golpease.

—¿Y por qué quería él golpearle?

—Dijo que mi presencia en Blakeville no le era grata. Yo le dije que eso me importaba un rábano. Opinamos de modo diametralmente

distinto, como puede ver —terminé con amplia sonrisa.

—Lo que no me explico es por qué tanto interés en echarle de la ciudad —dijo Sarah sumamente pensativa.

—Tampoco yo. Y ahora que recuerdo, ¿por qué se enojó tanto cuando le pregunté por «Los Sauces»?

La mirada de Sarah se endureció de nuevo.

—Tengo motivos para ello, pero son cosas estrictamente personales, Jeff.

—Dispénseme, Sarah. Siento haberla molestado. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Es usted casada?

—No. Mi marido murió hace seis años.

«Cuando tenías veinticinco o veintiséis», pensé. Levanté la voz.

—Usted es una mujer fascinadora, Sarah. ¿Qué hace la gente de Blakeville que no tienen ojos para usted?

—Tienen ojos y manos, ya lo creo. Pero no hay ninguno que se decida a sacarme de mi viudez —sonreía mientras hablaba.

—No desespere, Sarah; es muy joven todavía...

—Pero el tiempo pasa con rapidez y este maldito pueblo no tiene ninguna salida —dijo con voz repentinamente crispada. Sus ojos centellearon vivamente durante unos segundos, pero pronto desapareció aquella expresión de enojo y volvió a sonreír—. Olvide lo que acabo de decir, Jeff —su ampuloso busto aún se movía con afanosas palpitaciones.

—No faltaría más —dije. Le ofrecí otro cigarrillo y el humo pareció entonarla—. Quizá fui indiscreto al preguntarle sobre su estado.

—No tiene importancia, Jeff —de pronto dejó el cigarrillo sobre un plato—. Dispénseme ahora, tengo que hacer.

—Espere un instante, Sarah. Me falta una pregunta.

Ella me dirigió una obscura mirada. Yo estaba en pie.

—¿Oyó hablar alguna vez de una tal Mary Pine? —dije.

Sus facciones no se inmutaron, pero creí ver una luz extraña en sus pupilas. Antes de oír su respuesta, ya sabía que me iba a mentir.

—No. Lo siento, Jeff.

—Gracias, Sarah.

Estuve un buen rato en el comedor, pensando en lo que sentía la gente de Blakeville cada vez que pronunciaba el nombre de Sharrell. Danton Harvey, miedo; su hija, odio; el alguacil, miedo también, y Sarah, algo entre miedo y rabia, con más de este sentimiento que del anterior. ¿Qué tenían los Sharrell para influir así tan fuertemente a la población?

Subí a mí habitación, empapado en sudor. La noche prometía ser, en lo referente a temperatura, una prolongación del día. Me desvestí

por completo y me puse un pijama de hilo fresco. Calzado solamente con las babuchas de esparto, salí al balcón de mi habitación, con el paquete de tabaco en una mano y el encendedor en la otra.

Allí se respiraba un poco mejor. Había un jardín en el que abundaban los magnolios y el aire era embalsamado y agradable de oler. Me senté en una hamaca de mimbre y tras ponerme un cigarrillo en la boca, lo encendí.

Quería hacer tiempo para dormir. Mientras tanto, debía pensar en la forma en que se desarrollaría mi conversación con Bram Sharrell, el jefe del formidable clan Sharrell. Especulé con su respuesta cuando le formulase la pregunta relativa a Mary Pine. ¿Qué diría el individuo entonces?

De pronto, en el centro de la espesa oscuridad del jardín brilló un fuerte chispazo rojo. El estallido del disparo, el silbido del proyectil junto a mí oreja y su impacto sordo en la pared que tenía detrás de mi fueron tres cosas que se produjeron en una brevísima fracción de tiempo.

CAPÍTULO III

Me dejé caer al suelo en el acto. Esto me salvó la vida, porque un segundo después el incógnito tirador disparó de nuevo dos veces más. Escuché claramente el choque de los proyectiles contra la pared y luego el crujido de unos ramajes. A pesar de todo, permanecí aún unos momentos en el suelo.

Empezaron a sonar gritos de alarma. Dos o tres luces se encendieron rápidamente. Alguien corrió alocadamente por el pasillo de acceso a las habitaciones.

Me puse en pie y entré en mi cuarto, guareciéndome tras la pared contigua a la puerta de salida al balcón. El alboroto que se escuchaba era considerable.

Alguien llamó con fuerza a la puerta.

—¡Señor Gruder! ¡Abra, señor Gruder!

Crucé la habitación todavía a oscuras. Di la luz e hice girar el pomo. Sarah O'Moyne y el alguacil Caddick penetraron a una en la estancia. Caddick empuñaba el revólver.

—¿Dónde está? —chilló el alguacil.

—Dónde está ¿quién? —pregunté.

—El tipo que ha disparado su pistola contra usted.

—¿Le hirieron, Jeff? —preguntó Sarah anhelantemente. De pronto advirtió que tenía abierta la bata y se la cerró apresuradamente, mientras su rostro se cubría de carmín.

—Vamos —gruñó Caddick—, dígame dónde está.

—¡Y yo qué sé! —contesté de mal talante—. Disparó desde el jardín, es todo lo que puedo decirle. Oiga, ¿quién diablos le sugirió que habían disparado *contra mí?*

Caddick se turbó.

—Oh, pues... yo... Por la posición del tirador deduje... Me pareció que...

Súbitamente, antes de que Caddick pudiera darse cuenta de lo que hacía, le arrebaté el revólver. Olfateé el cañón y comprobé la carga; el arma no había sido disparada en mucho tiempo y los seis cartuchos estaban intactos en el barrilete.

Caddick protestó airadamente de mi acción.

—¿Es que se ha creído que fui yo el que disparó contra usted? —chilló—. ¿Por quién me ha tomado, Gruder?

Le devolví el revólver. Sin contestarle, miré a Sarah—. ¿Dónde estaba ese sujeto cuando sonaron los tiros? —Abajo, en el comedor, supongo —contestó ella—. Yo acababa de retirarme a mí habitación.

—Estaba hablando con los señores Calvin, si es eso lo que quiere saber —vociferó el alguacil—. Cualquier insinuación en contra mía en ese sentido la tomaré como una ofensa al cargo que ostento y procederé en consecuencia.

—¿Ah, sí? Entonces ¿por qué diablos me dijo que me fuera de la ciudad? No me extrañaría que estuviese en connivencia con el sujeto que disparó contra mí desde debajo de los magnolios.

El huesudo rostro de Caddick se congestionó. Levantó el arma como para golpearme con el caño, pero Sarah se lo impidió.

—¡Quieto, alguacil! —dijo, levantando también su mano—. El señor Gruder no es un vagabundo cualquiera. No cometa usted una imprudencia que luego pueda volverse contra él.

—¡Maldita sea! ¡Me insultó de mala manera! —bramó Caddick.

—Usted no sabe distinguir las bromas —dijo Sarah—. Olvídelo.

Caddick enfundó el revólver.

—Está bien —gruñó—, pero sigo opinando que cuanto antes se marche de la ciudad será mejor para todos.

—Pienso estar aún mucho tiempo, alguacil —respondió fríamente —. Y en lugar de proferir amenazas, debería dedicarse de lleno a buscar al sujeto que se divierte tiroteando por la noche a los ciudadanos pacíficos.

Caddick me arrojó una mirada llena de odio. Luego, bruscamente, sin pronunciar una sola palabra, giró sobre sus talones y se marchó.

Sarah apoyó una mano en mi hombro. Me miró con expresión suplicante.

—Creo que, en efecto, debería marcharse de Blakeville, Jeff.

—No puedo, Sarah.

—¿Por qué?

—Deseo ver a Mary Pine antes de irme.

Sus mejillas enrojecieron.

—No puedo obligarle... pero es una lástima que insista en quedarse, Jeff —separó su mano—. Buenas noches.

—Buenas noches, Sarah —contesté.

Volví a encender otro cigarrillo, hondamente meditabundo. Luego, de modo maquinal, regresé al balcón y di la luz que lo alumbraba por medio de un farol de hierro forjado, sujeto a la pared por un brazo del mismo metal.

Examiné el sillón en que había estado sentado y me estremecí. Había dos orificios en el mismo, los dos muy juntos y a la altura del pecho. El asesino había tirado sobre mí con terrible puntería.

¿Quién había sido el autor de los disparos?

Llegó el día siguiente, que prometía ser tan caluroso como el anterior. Después de vestirme, bajé al comedor en donde desayuné con buen apetito, pese a todas las contrariedades. Sarah no se dejó ver ni un

solo momento y fue Alma la que me sirvió. Al terminar, la llamé:

—Alma.

—Sí, «señó» —contestó la negra.

—¿Tú sabes por dónde se va a casa de los Sharrell?

Los ojos de la negra voltearon miedosamente en sus órbitas.

—«Señó» Gruder, ¿por qué me pregunta esas cosas?

—Bueno, pero ¿lo sabes o no lo sabes? —exclamé impaciente.

Ella apretó los labios. Entonces saqué un billete de cinco dólares y lo dejé debajo de un plato. La lengua de Alma asomó, roja y sinuosa, paseándose por los labios.

—Siga por la carretera general. A media «miya» de aquí, tuerza a su derecha. Encontrará «Los Sauces» a dos «miyas» del cruce, «señó» Gruder.

—Gracias, Alma. Eso es todo cuanto deseaba saber —y me puse en pie.

Salí del hotel y busqué una tienda determinada, regresando poco después a recoger mi coche. Un cuarto de hora más tarde encontraba el cruce que me había descrito Alma. Doblé hacia la derecha y me introduje por un estrecho camino, muy poco utilizado, sombreado por frondosos árboles. El camino serpenteaba entre lugares cubiertos de una abundante y descuidada vegetación, entre la cual se divisaban algunas veces ciertas manchas viscosas, cuya identificación no resultaba difícil. Eran charcos y ciénagas, en cualquiera de los cuales un hombre podía morir con toda facilidad en menos de dos minutos. El hedor que subía de aquellos lugares era harto desagradable.

Dos millas más adelante, el camino salió a un terreno descubierto, una especie de loma de muy suaves pendientes, cubierta de una fina hierba algo mejor cuidada que el resto del terreno que había visto para entonces. En lo alto de aquella loma había una gran mansión blanca, con el clásico pórtico de las casas aristocráticas del Sur, rodeada de sauces por tres de sus lados, menos la fachada, que quedaba libre.

A unos treinta y cinco metros hacia el nordeste y a doce o quince bajo el nivel de la mansión se divisaba un grupo de varios sauces situado al borde de una charca más extensa que las que había visto hasta aquel momento, de aguas verdosas y quietas. Vi una estatua blanca entre los sauces, pero no le presté la menor importancia.

Detuve el coche al pie de los escalones de acceso al pórtico. En aquel instante, por la esquina opuesta de la casa apareció un tipo de repelente aspecto, en cuya mano se divisaban las traíllas que sujetaban a dos perros de feroz presencia, los cuales se pusieron a gruñir salvajemente apenas me vieron.

El hombre era joven, unos veintitrés años, pero su aspecto, como ya he dicho, era verdaderamente repulsivo. Era acromegálico y su enorme cabeza oscilaba sobre un cuello ridículamente delgado, que parecía ir a

quebrársele de un momento a otro. Dos ojos viscosos, de pez, relucían en un rostro de características completamente anormales y el hombro izquierdo aparecía mucho más alto que el derecho. Al caminar, arrastraba el pie del mismo lado. Pese a todo, no daba la sensación de ser tonto; antes al contrario, parecía poseer una inteligencia superior a la normal, pero desviada en el sentido perverso. Apenas me vio empezó a reír con una risa crispada, estridente, que sonaba del mismo modo que sonaría un cuchillo frotado de filo contra el borde de una chapa de hojalata.

Sin haberle visto hasta aquel momento, no me cupo la menor duda de que se trataba de Rhett Sharrell. El muchacho se estremeció mientras sus carcajadas aumentaban de volumen. Debía estar pensando en algo muy divertido. En el momento en que me apeaba del coche, soltó las traíllas de los perros y estos se abalanzaron rugiendo contra mí. Sus bocazas mostraban una doble fila de dientes agudísimos y la baba se desprendía de ellas.

Cuando ya estaban a pocos metros de distancia, les arrojé sendos trozos de carne, de un kilo cada uno al menos, que había adquirido en la carnicería de Blakeville antes de dirigirme a «Los Sauces». Los sabuesos se desentendieron de mí en el acto y se dedicaron a devorar la carne con gran chasquido de mandíbulas.

Rhett Sharrell se me acercó, haciendo oscilar su enorme cabeza a la vez que arrastraba la pierna derecha. Sus ojos brillaban con furia maligna.

—¡Se le ordenó ayer que abandonara la ciudad! —gritó.

—Su padre puede mandar en Blakeville, pero no en mí —respondí tranquilamente—. He venido a verle y no me iré sin conseguirlo.

—¡Le mataremos! ¡Louis y yo le mataremos! ¡Aquí no queremos curiosos! ¿Me ha oído?

—¿Es que temen algo? —pregunté tranquilamente—. Yo no he venido a curiosear, sino a tomar apuntes para un libro histórico que estoy escribiendo. ¿Acaso hay algún garbanzo negro en la familia Sharrell y no quieren que saiga a la luz su piratesca historia?

—¡Maldito! Si no fuera por esta condenada pierna mía, le daría...

—¡Silencio, Rhett!

La voz pertenecía a un hombre. Los dos volvimos el rostro a un tiempo.

Louis Sharrell me miró desde lo alto de la escalinata. Su expresión resultaba indescifrable.

—Mi padre le espera, Gruder.

Subí los peldaños con paso tranquilo.

—Veo que cambió de modo de pensar, Louis —manifesté.

—Yo sigo pensando lo mismo —contestó él desdeñosamente—. Pero obedezco a mí padre.

—Una aplicación práctica del cuarto mandamiento —sonreí—. ¿Por dónde se va a la habitación de su padre?

—La primera puerta a la derecha —contestó el tipo secamente.

—Gracias.

Atravesé el umbral y me hallé en un gran vestíbulo, lujosamente decorado a la moda de ciento cincuenta años atrás. Era de suponer que las tropas de Sherman habrían saqueado la casa en su marcha hacia el mar, pero con el tiempo, los dueños habían reconstruido la mansión con entera fidelidad histórica. Los cuadros, sin embargo, eran modernos, pero adecuados por completo al ambiente.

Llegué a la puerta y toqué con los nudillos. Sonó un vozarrón.

—¡Adelante!

Hice girar el pomo y penetré en el «sacta sanctorum» de Bram Sharrell, el hombre que, al parecer, dominaba a Blakeville con puño de hierro. Traté de dominar mi sorpresa al presenciar el espectáculo que se veía desde la entrada.

La habitación era enorme y estaba dedicada por completo a la afición favorita de Sharrell. Había varios informes montones de arcilla sobre sendos pedestales y alguna estatua de mármol a medio cincelar. En un rincón divisé una especie de copia de la Victoria de Samotracia, pero el escultor había querido completar las mutilaciones que el tiempo y los elementos habían causado en el original. Sin embargo, pude darme cuenta de que también aquella estatua tenía algunos desperfectos: le faltaban casi la mitad del ala izquierda y la nariz.

Había dos personas en el estudio. Una de ellas era una mujer, cubierta por una bata blanca, que tenía algunas manchas de arcilla. Era joven, unos veinticinco años, alta, esbelta, de cabellos castaños y ojos muy azules, y expresión dulce y reservada al mismo tiempo. Me estudió detenidamente al tiempo de franquear el umbral.

La otra persona era un hombre. Aunque estaba sentado, vuelto de espaldas a mí, podía ver que Bram Sharrell era un enorme individuo, más voluminoso aun que su hijo Louis. Estaba en mangas de camisa, la cual aparecía casi enteramente empapada de sudor, y el cabello, completamente blanco, le pendía en largos mechones por la nuca. Movía sus brazos sobre un gran trozo de arcilla, el cual estaba modelando sin duda como original para una estatua que pensaba esculpir en otro bloque de mármol de más de tres metros de altura que tenía en el rincón más próximo a él. Sus hombros eran anchísimos y aunque podían calculársele los sesenta años, sin temor a errar, daba la sensación de ser mucho más fuerte que su hijo Louis.

—¿Es usted, Gruder? —preguntó Sharrell, sin cambiar de postura.

—Sí, señor Sharrell.

Hubo una corta pausa. Luego Sharrell ordenó:

—Déjenos solos, Carol.

—Sí, señor.

La muchacha dejó la espátula que tenía en la mano en un bote con agua. Pasó por mí lado, caminando con gracia singular, estudiándome profundamente con sus grandes ojos, aunque sin pronunciar la menor palabra ni variar la expresión seria y concentrada de su bellísimo rostro.

La puerta se cerró con tenue chasquido. Entonces Sharrell dijo:

—¿Y bien? Ya estamos solos, Gruder.

—Sí, señor Sharrell.

Los brazos del escultor continuaban moviéndose sobre el bloque de arcilla.

—De modo que usted es el escritor que pretende escribir un libro sobre las grandes familias del Sur.

—Así es —contesté, poniéndome un cigarrillo entre los labios.

—¿Y qué detalles quiere del clan Sharrell?

—Todos los que usted pueda facilitarme.

—¿Qué dirá de nosotros?

—Le enseñaré la parte referente a ustedes cuando la haya terminado. Entonces suprimiremos lo que no le agrade.

Sharrell pareció considerar la propuesta.

—Eso parece bien, Gruder.

—Lo he hecho así con otras familias. Los O'Reilly, de Atlanta; los Vannebar, de Nueva Orleans; los Garrison, de Savannah... Todos han colaborado ampliamente conmigo, dándome toda clase de facilidades. Excepto por sucesos demasiado próximos en el tiempo, no han puesto el menor inconveniente a que se publiquen algunas flaquezas y debilidades de sus ascendientes, cosa lógica por otra parte en todo ser humano, sea de la condición que sea.

—¡Hum! —masculló el gigante—. Mucho me temo que el suceso más importante que deba registrar usted acerca de nosotros sea el saqueo de la mansión por los malditos yanquis de Sherman. Fuimos siempre ricos propietarios y plantadores y nunca hubo uno, que yo sepa, que azotase a un negro. Puedo añadir, también que no hubo tampoco bastardos mestizos de los Sharrell, cosa de la cual no pueden ufanarse, ciertamente, muchas otras familias.

—Eso les honra a ustedes —dije—. A pesar de todo —añadí—, creo que se olvidó usted de mencionar un suceso relacionado estrechamente con su familia, señor Sharrell.

—¿Cuál, Gruder?

—La suerte que haya podido correr Mary Pine.

Los brazos del gigante se inmovilizaron de pronto. Escuché claramente su respiración y vi sus poderosos hombros moverse un tanto. Luego, de pronto, se volvió hacia mí, con gesto totalmente inesperado.

El cigarrillo se me cayó de los dedos. No fue su rostro, duro, enérgico, imperativo, con ojos que fulguraban como los de un león, ni la expresión de cólera que brillaba en ellos, lo que me sorprendió e impresionó hasta el extremo de dejarme sin habla. No; fue otro detalle, horrible, espeluznante, y más en un hombre como Sharrell, con tanta afición a la escultura.

Sharrell carecía de manos.

CAPÍTULO IV

Vestía una sudada camisa de manga corta, por cuyas aberturas salían los brazos, amputados un poco más arriba de las muñecas, casi a mitad del antebrazo. Los muñones aparecían al aire, cada uno de ellos provisto de una ancha correa de cuero, dotada de un ingenioso artificio metálico, al cual se podían acoplar las distintas espátulas que el individuo usaba para modelar sus estatuas. La camisa estaba abierta de par en par y por la abertura asomaba un húmedo bosque de vello grisáceo. El torso era impresionantemente poderoso y aun a sus sesenta años de edad, aquel hombre, con los miembros completos, hubiera podido dar ciento y raya a muchos jóvenes. Era un tipo de una vitalidad fabulosa, un hombre que en sus tiempos debió haber enloquecido a las mujeres tan solo con un leve frunce de sus labios gruesos, carnosos, sensuales. Sí, debía haber sido un hombre de atracción magnética, animal, irresistible, pero ahora inspiraba repulsión y lástima a un tiempo.

—¡No me mire usted así! —vociferó—. ¿Es que acaso no sabía que me faltaban las dos manos?

Traté de recobrar la respiración perdida momentáneamente.

—Lo siento, señor Sharrell; nadie me había dicho nada de su... de su desgracia.

—Está bien —gruñó al cabo—. Ahora ya lo sabe. Vaya allí y prepare dos bebidas. ¡Cristo, qué sed tengo!

Había un aparador en un lado de la estancia, entre dos grandes ventanales desde los cuales se divisaba la estatua entre los sauces. Levanté la tapa y vi todo lo necesario para preparar bebidas, incluso una diminuta congeladora que fabricaba cubitos de hielo.

—¿Cómo lo quiere? —pregunté.

—Cuatro dedos de licor, dos de agua tónica y un par de bloques de hielo —contestó.

Preparé las bebidas. Al terminar escuché su voz.

—Venga y ayúdeme, Gruder.

Caminé hacia él. Sharrell estaba junto a la mesa donde tenía los útiles. Golpeó en el borde con los antebrazos y las espátulas se desprendieron de sus encastres, ya que el artilugio que las sujetaba funcionaba a presión. Sobre la mesa vi una bandeja con una serie de pinzas de distintos tamaños. Señaló dos:

—Esta y esta —dijo—. La más pequeña para la mano izquierda. La grande para la derecha.

Hice lo que me pedía. La colocación de las pinzas era muy sencilla,

ya que aunque su forma variaba, la base era idéntica en todas ellas, a fin de que encajasen en el alvéolo que las sujetaba, de la misma manera que hay muchas bombillas eléctricas con distintas formas y tamaños, pero todas con la misma rosca. La pinza de la derecha era claramente circular, a fin de sujetar el vaso. El objeto de la otra lo supe instantes después cuando me pidió que colocase un cigarrillo en ella.

Traje los dos vasos. Coloqué el suyo en la pinza correspondiente, cuidando de que quedase bien sujeto. Luego encendí su cigarrillo. Esperé unos instantes.

Sharrell bebió casi la mitad del contenido de su vaso de un trago. Luego pegó dos furiosas chupadas al cigarrillo.

—No se imaginaba usted que un escultor pudiera carecer de manos, ¿eh?

—A decir verdad, no, señor.

Sharrell dio dos pasos por la estancia. Luego se detuvo frente a mí.

—Bien, ¿qué diablos quiere usted saber de Mary Pine?

—Su paradero.

—¿Y piensa que se lo voy a decir? ¡Estúpido! Se marchó, se marchó de «Los Sauces». Hace de eso ya más de cuatro semanas. No sé más. Una mañana faltó a la hora del desayuno y no la volvimos a ver. Es cuanto puedo decirle. Me dejó plantado miserablemente, sí, plantado, ¿lo oye usted, Gruder? Si no estuviese usted delante, le diría más de cuatro barbaridades de aquella melosa zorrita... pero ¿para qué hablar más de ella? Volvamos a lo que nos interesa. ¿Qué quiere usted poner en su libro de la familia Sharrell?

—Todo lo referente a Mary Pine —contesté sin pestañear.

El formidable viejo tendió hacia mí la pinza izquierda.



—Tengo miedo, señor Gruder...

—¡Le he dicho que se marchó! ¡Era libre, blanca y mayor de edad y aunque me jugó una mala pasada...!

—¿Era... ha dicho usted, señor Sharrell?

—O es, yo qué diablos sé. Al decir era, me refería al tiempo en que estuvo aquí, Gruder. Oiga, amigo; ¿por qué rayos tiene tanto interés en una prójima como aquella?

—Iba a ser mi esposa.

Sharrell me contempló en silencio, guiñándome los ojos, como si no creyera lo que acababa de decirle.

—¿Su... esposa?

—Sí, señor Sharrell.

—Ella no me habló nunca de usted, Gruder.

—En cambio, sí me contó algunas cosas de esta casa —respondí—. Al menos, en sus primeras cartas. Luego dejé de recibirlas. Hace poco más de cuatro semanas, señor Sharrell.

—¿Y por eso vino a Blakeville?

—Hubiese venido de todas formas un día u otro. Lo crea o no, el libro que proyecto es algo real y verídico. Naturalmente, cuando Mary dejó de escribirme, empecé a sentir alarma. La escribí varias veces y hasta puse un par de telegramas. No recibí otra respuesta que la de «destinatario desconocido». Llamé por teléfono, pero me dijeron que no lo hay en la mansión. Usted tiene que saber algo de las cartas.

Sharrell frunció el ceño.

—Recuerdo una que se recibió al día siguiente de su marcha. Se la di a Louis, mi hijo, con encargo de que se la entregase a Murchison, el funcionario de la estafeta postal, añadiéndole que devolviese toda la correspondencia dirigida a Mary Fine. Eso es todo, Gruder.

—¿Está seguro de que es «todo», señor Sharrell?

—¿Puede haber algo más? No voy a sacarme una Mary Pine del suelo de esta habitación, solo porque se haya sentido casquivana. Se hartó de la vida y vaya a saber dónde está ahora. Quizá se suicidó.

—Mary no hubiera cometido jamás un desaguisado semejante —argumenté—. Era una muchacha muy ponderada, sensata y llena de discreción. Me quería y estábamos preparando todo para casamos en la primavera próxima, coincidiendo con la aparición de mi libro. No tenía motivos para suicidarse, por tanto. Ni tampoco para escapar por ahí a una vida de aventuras y disipación; por encima de todo, era una mujer fundamentalmente honesta y decente.

Una irónica sonrisa curvó los sensuales labios de Sharrell.

—Vaya, por lo visto era una chica de las que hoy ya no se encuentran, Gruder.

—Usted lo ha dicho, señor Sharrell.

El viejo se sintió de repente incómodo ante mi mirada penetrante e inquisitiva. Alargó su mano derecha.

—Prepáreme otro trago. Y beba usted también, si le apetece.

—No, yo no quiero más.

Oí el frote de su pinza izquierda contra un cenicero. Regresé junto a él y le coloqué el segundo vaso en la pinza correspondiente. La garganta de Sharrell relucía de sudor.

—¿Cómo le ocurrió la desgracia? —pregunté súbitamente.

Una mueca de ira deformó su rostro durante unos segundos.

—Se me cayó aquella maldita estatua —señaló la imitación de la Victoria—. Estaba terminándola y el suelo cedió. Una viga podrida,

supongo. Con el pedestal debía andar por cerca de las tres toneladas. Me aplastó las manos con el torso y gracias a que la cabeza me quedó en el hueco del ala derecha.

Se fue hacia el otro extremo de la habitación y volvió a grandes zancadas.

—Estaba solo en la casa. Grité como un poseído. Nadie me oyó. Cuando vino el primero, se trataba de Rhett, el cabezota. ¿Qué diablos podía hacer él? Ni Louis siquiera pudo mover la estatua un centímetro. Y yo estaba allí, con las manos atrapadas, desangrándome como un cerdo. Tuvieron que montar un aparato especial para levantar la estatua. Esto les costó casi ocho horas. Cuando me curaron... Bueno, la cura consistió en cortar a mitad del antebrazo. Lo que quedaba de mis manos y muñecas no valía ya ni diez centavos.

Despachó el vaso de un trago. Luego, moviendo la mano en semicírculo, lo arrojó contra la pared opuesta. El vaso se estrelló con gran estrépito.

—Eso fue hace diez años. ¿Qué más quiere saber?

La puerta se abrió de repente y Louis penetró en la estancia. Detrás del joven vi el rostro pálido y asustado de la muchacha.

—¡Papá! —gritó Louis.

—¿Qué infiernos quieres tú aquí? ¿Te he llamado acaso? ¡Fuera, largo, maldito imbécil! ¡Déjanos solos al señor Gruder y a mí! ¿Me has oído?

—Sí, papá —contestó Louis con sorprendente mansedumbre. Pero la mirada que me dirigió parecía de fuego.

De nuevo volvimos a quedarnos solos.

—Está bien —gruñó Sharrell—. ¿Qué más quiere de mí?

—Saber lo que ha sido de Mary Pine.

—¡Otra vez! —bramó—. ¡Ya le dije que...!

—Está mintiendo, señor Sharrell —le atajé—. Mary Pine no se marchó ni se suicidó.

Sharrell me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Condenación! ¿Sugiere usted que yo la maté y luego la arrojé a una de las numerosas ciénagas que hay por aquí?

—No sugiero nada. Me limito a preguntar, una vez más: ¿qué fue de Mary Pine?

Avanzó dos pasos hacia mí.

—Escuche, Gruder, si cree que yo...

—Usted no me asusta, señor Sharrell —dije impasible—, a pesar de que tenga a la ciudad metida en un puño, a pesar de que el alguacil sea un esbirro suyo y a pesar de que enviase ayer a una persona a matarme. Si Mary Pine no está aquí es que ha sido asesinada.

—¿Y me acusa a mí? —rio Sharrell convulsivamente—. ¡Buen Dios, esta es la historia más divertida que jamás oí en los días de mi

vida!

—Para mí no tiene nada de divertida. En su última carta, Mary me dijo que había descubierto algo horrible, tan espantoso, que no se atrevía a contármelo por escrito y que ya lo haría cuando volviéramos a vernos. Añadía, además, que en cuanto terminase el primer mes de prueba, se marcharía. Ese mes se cumplía aproximadamente en la fecha en que usted afirma que se marchó.

—Y, claro —expresó Sharrell sarcásticamente—, como no volvió a Nueva York, usted deduce que está aquí, enterrada —pateó el suelo con violencia—. Debajo de estas tablas, como en «El Corazón Delator», de Poe, ¿verdad? Dentro de poco, el corazón empezará a latir, «tic-tac, tic-tac... tic-tac, tic-tac...» y yo gritaré despavorido: «Sí, cójanme, yo soy el asesino de Mary Pine». ¡Imbécil! —me apostrofó como final de su apasionada perorata.

Jadeaba y su torso estaba envuelto en humedad. Sus ojos me contemplaron malignamente.

—No sé nada de Mary Pine. Se marchó y eso es todo, Gruder.

—Opino todo lo contrario, señor Sharrell. Tengo la seguridad absoluta de que Mary Pine murió y está enterrada en algún lugar de «Los Sauces».

—¿Y por qué no me denuncia a la policía, si tiene esa convicción?

—La convicción no sirve de nada si no va acompañada de pruebas.

—El «corpus delicti», ¿eh?

—Justamente.

—Está bien, Gruder. Vamos a hacer un trato. Usted sospecha de mí como el asesino de Mary Pine. Aparte de eso, quiere escribir sobre mi familia. Perfectamente. La biblioteca está en el lado opuesto de la casa, en esta misma planta. Venga cuando quiera y husmee donde le apetezca. Recorra la mansión de arriba abajo, abra todos los armarios, golpee en los tabiques y paredes para ver si encuentra un lugar hueco disimulado tras el papel de decorar o el estucado. Meta las narices en el frigorífico, si quiere. No soy el asesino de Mary Pine, pero aunque lo fuera, le desafío a que encuentre su hipotético cadáver. Estaría cien años buscándolo y no lo encontraría.

—«Los Sauces» es una propiedad muy extensa y hay muchas ciénagas —alegué.

—¿Piensa, entonces, derrotarme por la astucia? Mi joven amigo, ¡qué terco es usted! Debía estar muy enamorado de la pobre Mary, ¿eh? Sí —añadió Sharrell, sumamente pensativo—, era una muchacha muy bonita y agradable. Lástima que a última hora lo estropease todo con una marcha tan precipitada como desconsiderada.

—Espero demostrar que Mary Pine no se marchó —contestó—, sino que yace bajo la tierra, en algún punto de «Los Sauces». Entonces usted irá a parar a la silla eléctrica, señor Sharrell.

Me dirigí hacia la puerta, en medio de un completo silencio. Al llegar allí giré en redondo. Sharrell permanecía en pie, con los muñones caídos a lo largo de sus costados.

—Pienso aprovechar su invitación, señor Sharrell —añadió—. Mañana a las nueve vendré a la biblioteca.

Extendió la mano derecha, mientras sonreía con todo el aspecto de un Charles Laughton de casi dos metros de estatura.

—Hay en ella un libro muy interesante y que le servirá de mucho como fuente de información. Se titula «Genealogía de la Familia Sharrell» y la comienzo en el siglo XVI. El primer Sharrell conocido navegó como pirata con Drake —me guiñó un ojo y rompió a reír en una risa ruidosa, retumbante, homérica, cuyos bramadores ecos me persiguieron hasta que cerré la puerta del estudio.

CAPÍTULO V

Louis Sharrell estaba en el vestíbulo. Me contempló con enojo mientras me acercaba a la salida.

—¿Qué le ha dicho a mí padre? —inquirió hostilmente.

Le miré de arriba abajo.

—Entre y pregúnteselo —contesté secamente, después de lo cual continué mi camino.

Rhett estaba al pie de la escalinata. Cuando me acercaba al coche soltó los perros. Estos corrieron hacia mí y menearon la cola ansiosamente. Acaricié sus cabezas, mientras miraba al deforme con insolente sonrisa.

—Son mis amigos, Rhett —dije suavemente.

El muchacho arrastró su pierna y se situó frente a mí.

—¡Maldita sea! Usted ha venido a molestar a mí padre. Le aseguro que no se saldrá con la suya.

—Mañana a las nueve estaré en la biblioteca —dije—. Vaya pensando en la clase de arma que piensa utilizar contra mí, Rhett.

Abrí la portezuela del coche y di gas, arrancando sin concederle otra mirada. Escuché una tremenda imprecación, pero no pude entender nada. Quizá me ahorré así un disgusto.

A media milla de la mansión, al doblar una revuelta del camino, divisé una figura humana. Era la muchacha que había visto en el estudio, la cual agitó una mano al ver mi coche.

Frené suavemente. Carol se había despojado de la bata de trabajo y vestía un simple trajecito de hilo, sujeto a los hombros por dos delgadas tiras del mismo tejido. Sus formas eran muy esbeltas, firmes y jóvenes, pero sin exuberancias desagradables. La expresión de su rostro indicaba preocupación.

—Señor Gruder —dijo—, deseo hablar con usted.

—Muy bien —contesté, apeándome del coche—. ¿De qué se trata, señorita...?

—Wyss, Carol Wyss —estaba muy nerviosa—. Señor Gruder...

—Llámeme Jeff, Carol —sonreí—. Esto quizá la tranquilice un poco.

—Es posible —concedió ella con una fugaz sonrisa—. Quería hablarle del señor Sharrell.

Metí la mano en mi bolsillo interior y saqué la cartera, de la cual extraje un viejo recorte de periódico. Leí:

«Joven aficionada a la escultura, se necesita. Un mes a prueba,

$ 500, hospedaje y gastos de traslado. Caso de convenir, se firmará contrato por plazo seis meses mínimo, prorrogables hasta un año por trimestres sucesivos, mismo sueldo y condiciones. Escribir a...»

Miré a Carol mientras guardaba de nuevo el recorte en la cartera.

—Estoy segura de que usted contestó a un anuncio parecido, hace ¿cuánto...?

—Tres semanas, y llevo dos en «Los Sauces», Jeff. Pero esto no me gusta. Quiero marcharme de aquí, ¿me comprende?

Tenía miedo, eso se veía claramente.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Todo —replicó sin vacilar—. El señor Sharrell... Louis... Siempre me persigue. Tengo que estar defendiéndome casi constantemente de su acoso... Y luego, está Rhett. Rhett y sus perros. No lo puedo remediar; cada vez que lo veo merodear por la casa y esto sucede cada dos por tres, me pongo frenética de miedo. Rhett no me dice nada... pero es aún peor que Louis... Su horrible cabezota... Esa pierna deforme...

—¿Ha oído hablar de Mary Pine? —la espeté súbitamente.

—¿Quién es Mary Pine? —preguntó Carol con los ojos muy abiertos.

—Una muchacha aficionada a la escultura, como usted —contesté —. Escribió al viejo Sharrell al leer el anuncio y fue aceptada. Hace cuatro semanas que no tengo de ella la menor noticia.

El color huyó totalmente del lindo rostro de Carol—. ¡Dios mío! ¿Es eso cierto?

—Absolutamente. Mary y yo éramos prometidos. Quiso venir aquí para ahorrar tres mil dólares en seis meses y ayudar así a la formación de nuestro hogar.

Carol se tambaleó de tal manera que por un momento llegué a pensar que iba a desplomarse al suelo. Traté de sujetarla, pero ella se rehízo de inmediato.

—Gracias —dijo. Hasta sus labios aparecían descoloridos—. ¿Teme que haya sido asesinada?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé, como tampoco conozco la identidad de su asesino, si es que las cosas ocurrieron como sospecho. Pero a ella la conocía muy bien y sé que si no volvió a Nueva York al término del primer mes de prueba, es que alguien la mató.

—¿Bram Sharrell?

—Quizá. O Louis o Rhett. Parecen, a pesar de sus divergencias, componer una familia muy unida. Si uno de los tres la mató, los dos

restantes le encubren.

—¿Y por qué no da aviso a la policía?

Emití una sonrisa de duda.

—Caddick, el alguacil del pueblo, es una hechura del viejo Sharrell. A menos que le presentase el cadáver de Mary, no haría nada contra el escultor. Y aun así, no estoy seguro de que no tratase de hacer desaparecer una prueba tan importante.

—En Blakeville todos le deben algo —manifestó ella.

—Sí, ya he tenido ocasión de comprobarlo, Carol. Bien, si tanto miedo tiene, ¿por qué no se marcha de «Los Sauces»?

—En primer lugar, gasté mi último centavo en llegar hasta Blakeville. Hasta que concluya el primer mes, no veré un dólar de mi estipendio; Sharrell me lo dijo así bien claramente, de modo que —agregó con triste sonrisa— ni siquiera tengo tiempo de tomar el autobús de la «Greyhound». Además, creo que no podría marcharme sin ser vista por Rhett; está vigilándome de continuo, él y sus odiosos perros...

—Ahora no la vigila. Ha podido llegar a media milla de la casa —dije.

—¿Usted cree? —replicó Carol.

Me di cuenta de que tenía la vista fija en un punto situado a mis espaldas. Giré sobre mis talones y divisé el deforme en el borde de la curva, a unos cien metros escasos de distancia. Al darse cuenta de que le habíamos visto, Rhett tiró de los perros y desapareció casi en el acto.

—¿Lo ve usted? —dijo Carol con amarga sonrisa.

—Bien, si tan preocupada se siente, véngase conmigo. Le pagaré el billete del autobús y le daré algún dinero para sus gastos...

Carol sacudió la cabeza.

—Lo intenté hace dos días. Pensaba subir al autobús sin billete, corriendo el riesgo de ser detenida, pero Caddick apareció como surgido de debajo de las piedras y me dijo que el señor Sharrell me estaba aguardando. No tuve otro remedio que regresar a «Los Sauces», créame.

—Bien —dije—, de todas formas, no intentará nada contra usted, se lo aseguro.

—¿Por qué lo dice?

—Tengo mis razones para ello. Vuélvase a la casa y procure desechar sus temores. Dos semanas se pasan pronto. Al cabo de ese tiempo, exija su estipendio y váyase —le entregué una tarjeta—. Esta es mi dirección en Nueva York. Venga a verme y le buscaré algún empleo.

Carol sonrió.

—Es usted muy bueno, Jeff. No me conoce y sin embargo...

—Olvídelo, Carol —la interrumpí—. De todas formas, aún estaré algunos días en Blakeville —con duro acento añadí—: Hasta que

descubra la suerte que corrió Mary Pine.

—¡Ojalá descubra a su asesino! —exclamó ella con singular vehemencia.

—Eso espero yo. Adiós, Carol.

—Adiós, Jeff.

Arranqué casi de inmediato. Mientras rodaba hacia el pueblo, me sentía más y más preocupado. Ahora ya no me cabía la menor duda de que la pobre Mary había muerto asesinada. ¿Qué era lo terriblemente espantoso que había descubierto en «Los Sauces» y que, sin duda por ello mismo, los Sharrell habían juzgado oportuno silenciarla al precio de su vida? Pensé que si conseguía descubrirlo, habría dado un paso gigantesco en mi tarea investigadora... Pero no acababa de comprender el sentido del significado de la frase de Mary, excepto que en su carta, la última que me había escrito, dejaba transparentar un estado de ánimo muy parecido al de Carol. ¿Miedo? ¿A qué? ¿A quién? ¿Cuál de los tres Sharrell había sido el autor de su muerte?

El pecho me hirvió de ira. Todo mi empeño estaba en probar la muerte de Mary. Pero antes debía encontrar su cuerpo... Sin el «Corpus delicti» no conseguiría nada, y aun para ello debería reclamar la presencia del «sheriff» del condado a que pertenecía aquella asquerosa población. Caddick era meramente un alguacil y como tal, sujeto a la autoridad del «sheriff» del condado, el cual, seguramente, tendría carácter de jefe de policía. Si el «sheriff» entraba en acción, Caddick no podría tapar las fechorías de los Sharrell.

Llegué a la ciudad diez minutos más tarde. De pronto vi una muestra sobre la puerta de un edificio. Detuve el coche y me bajé sin pensarlo dos veces.

El edificio era estafeta postal y telegráfica al mismo tiempo. Dada la escasa importancia de Blakeville, ambos servicios eran atendidos por una sola persona.

Había un hombre utilizando los servicios del empleado cuando entré. Me puse un cigarrillo en la boca y esperé. El hombre se marchó y entonces me acerqué a la ventanilla.

—Un formulario de telegrama, por favor —dije.

—Aquí tiene, señor —contestó el empleado, un tipo de mediana estatura, casi calvo y de ojos recelosos, que me estudiaban constantemente.

—Gracias —contesté. Redacté el telegrama y luego, antes de entregarlo al empleado, pregunté—: Usted es Murchison.

—Sí, señor. ¿Cómo sabe mi nombre? Usted parece forastero...

—Me lo dijo Bram Sharrell.

Murchison se puso instantáneamente en guardia.

—Deme el telegrama —dijo roncamente.

—Tranquilo, hermano —contesté con desenfado—. ¿Qué me dice

usted de las cartas que una tal Mary Pine escribía a Jeff Gruder, de Nueva York, y que usted retenía aquí para que Sharrell las leyera y diera su consentimiento o no para que fueran cursadas por el correo?

Los ojos de Murchison voltearon aprensivamente en las órbitas.

—Usted me insulta, señor Gruder...

—¿Quién le ha dicho que yo soy Gruder?

—Es... Verá... Usted es forastero...

—¿Todos los forasteros le llaman Gruder en Blakeville?

—Bueno, me lo dijo Caddick, el alguacil.

—Otro que tal —rezongué—. Vamos, conteste a mí pregunta sobre las cartas de la señorita Pine? Todas llevaban una fecha de retraso. El autobús de la «Greyhound» pasa por aquí a las once de la mañana y solo una vez al día. Si le pone el matasellos del día diez, por ejemplo, al día siguiente debo recibirla en Nueva York, en lugar del día doce. Además, se notaban claramente las señales de haber sido abiertos los sobres al vapor y pegados nuevamente. Llevar la carta a «Los Sauces» y esperar a que Sharrell la leyese y diese el O.K. para echarla al correo, le hacía perder una fecha. ¿Qué piensa usted que diría un juez federal si le echase el guante por violación de correspondencia?

—Yo no fui, yo no fui —repitió Murchison obstinadamente—. Todo eso son infundios, señor Gruder. Usted no tiene derecho a sospechar de un honrado funcionario como yo.

—¿Honrado? —Solté una risita sarcástica—. Ya se lo dirán el día en que un fiscal agresivo y con ansias de triunfar en política le interrogue a fondo.

—Le juro que no he hecho nada de lo que dice —Murchison sudaba copiosamente.

—Bueno, a mí me puede engañar. Veremos si puede hacer lo mismo con ese fiscal cuando le formule las mismas preguntas, bajo juramento —le empujé el impreso con el telegrama ya redactado—. Hágame el favor de cursar el mensaje y dígame su importe.

Los ojos de Murchison se dilataron por el espanto al leer el nombre del destinatario, un oficial de la delegación neoyorquina del FBI. El mensaje no tenía nada de tranquilizador para un sujeto con la conciencia sucia.

> «Investigaciones sobre familia Sharrell progresan satisfactoriamente *punto* Pronto ampliaré más datos *punto* Saludos, *Jeff Gruder*».

Claro que el infeliz de Murchison no podía saber que el destinatario del telegrama era un buen colaborador mío y que el mensaje se refería estrictamente al libro que estaba escribiendo. Pero confiaba en que ello le metiese el miedo en el cuerpo, ya que tenía la absoluta seguridad de

que Sharrell había estado leyendo las últimas cartas de Mary. Ahora bien, ¿cómo había Conseguido enviarme la última, con unos detalles tan acusadores, pese a su vaguedad? Por el momento me era imposible contestar a la pregunta.

Aboné el importe del telegrama y salí a la calle. En lugar de recoger el coche, caminé a pie unos cuantos pasos. Luego me guarecí en un portal, fingiendo protegerme de un viento inexistente para encender el cigarrillo. Mientras lo hacía miré con el rabillo del ojo. Murchison salió de la oficina, cerró la puerta, colocó sobre la misma el cartelito de «Cerrado. Estoy comiendo», y echó a correr desolado en dirección opuesta a la que yo había traído.

Expulsé el humo satisfecho. Murchison iba a ver a Sharrell. Podía jugarme el cuello y ganar por un amplio margen.

CAPÍTULO VI

Eran cerca de las siete de la tarde cuando entré en el bar de Harvey. Me senté a una mesa junto a la ventana. Bonita acudió al momento, moviendo las caderas al andar.

—Hola, Jeff —dijo, sonriendo provocativamente.

—Hola. Bonita. ¿Hay cerveza fresca?

—Claro.

—Tráete dos. Tomarás una conmigo; es decir, si no te importa.

Bonita me arrojó una enigmática mirada y luego sonrió de nuevo.

—Bueno.

Volvió momentos después. La cerveza estaba muy buena y muy fría. Gustaba con aquel calor, aunque luego se la sudase.

Bonita se sentó frente a mí, sin importarle mucho, al parecer, la amplia abertura del escote de su blusa.

—¿Y bien?

—Cuéntame algo de los Sharrell, anda.

—Estás escribiendo un libro, ¿no?

—Sí. ¡Qué pronto se extienden las noticias por aquí! —comenté.

—Blakeville es muy pequeño... y muy aburrido.

—Lo sé. Bueno, habla, te escucho.

—No sé qué diablos voy a decirte. Son muy ricos y ninguno de los tres trabaja... Bien, el viejo sí, el viejo se pasa el día entregado a su chifladura. Dicen que es bastante buen escultor, aunque yo no entiendo de eso, te lo aseguro.

—Cuando os pregunté por el camino de «Los Sauces» pareció que no os sentaba bien la mención del nombre Sharrell.

Ella hizo una mueca de asco.

—El viejo quiere que me case con Rhett. Yo no quiero, eso es todo.

—¿Qué viejo?

—Los dos. Mi padre y el de Rhett.

—¿Por qué precisamente con Rhett y no con Louis? Bonita me miró de una manera extraña.

—Creen que pueden comprar así una mujer para Rhett. Antes que soportar sus caricias, me ataría una soga al cuello. Rhett anda siempre persiguiendo a las negras. Esto pone frenético a su padre —Bonita soltó una estridente carcajada—. Por lo visto, no le gusta tener mestizos bastardos por ahí.

—¿Y tu padre quiere que te cases con Rhett?

—Sí.

—¿Por qué?

—Está obligado a ello. El bar pertenece en un noventa y cinco por ciento a Sharrell. Una hipoteca, ¿sabes? El día en que Sharrell se canse, nos dejará en la calle. ¡Pero si ese viejo con manos de pinza se cree que yo voy a colaborar en la propagación de su puerca estirpe, es que está completamente equivocado!

Me sorprendió la explosión de indignación de la muchacha. Sus pechos se movían agitadamente, comprimidos en el estrecho espacio de su blusa, la cual se abombaba con reveladoras turgencias.

—Y además está Tom Crandall, ¿no? —dije.

—Sí. Mi padre no lo quiere porque es pobre y dice que no ha trabajado en su vida. Eso no es cierto del todo. Tom fue llamado a filas cuando el jaleo de Corea y volvió cuatro años más tarde. Posee una pequeña propiedad lindante con «Los Sauces» y ha luchado denodadamente por sanearla, pues es muy malsana. Lograría algo si el banco local le hiciese el préstamo que tiene solicitado hace mucho tiempo.

—¿Y por qué no le conceden el préstamo?

Bonita hizo un gesto de asco.

—Sharrell. Es el principal accionista y coacciona al director. Si Tom consiguiese sanear su propiedad, en poco tiempo lograría buenos beneficios. De todas formas, pobre o rico, me casaré con él o con ninguno.

Y tal como lo decía, no me cupo la menor duda de que Bonita acabaría casándose con Tom Crandall.

—Bien, háblame ahora de tu amiga Sarah O'Moyne. Es muy guapa, ¿no?

Bonita me miró maliciosamente.

—¿Te gusta? Cuidado, que es terreno vedado.

—¿Por quién?

—Bram Sharrell.

Lancé un tenue silbido.

—Así que ella y el viejo...

—Eso es lo que murmura la gente. No me hagas caso —agregó Bonita rápidamente—. Recuerda que en Blakeville hay mucho tiempo para murmurar.

—Por supuesto. Lo que no entiendo es cómo una mujer tan hermosa como Sarah se entienda con Bram Sharrell... si hemos de hacer caso a las malas lenguas —añadí con una sonrisa.

—Bueno, la cosa viene ya de largo, diez o doce años. El pobre Ben se libró así de que la gente le señalara con el dedo por la espalda.

—¿Quién era Ben?

—El esposo de Sarah.

—Murió hace seis años. Me lo dijo ella —recordé de pronto.

—Sí. Ocurrió después de una cena a la que habían sido invitados los

O'Moyne. Ben había bebido demasiado, según parece, y se desnucó al resbalar por la escalera.

La sospecha de un asesinato surgió inmediatamente en mi imaginación.

—¿Hubo encuesta judicial?

—¿Con los Sharrell? —rio Bonita nerviosamente—. ¡Qué cosas tienes! Caddick dio carpetazo al asunto rápidamente.

—Pero alguien reconocería el cadáver después del accidente.

—Sí, claro; el doctor Lance.

—¿Dónde vive?

Bonita movió la cabeza.

—Murió el año pasado. Era un poco borrachín y una noche se le prendieron las ropas y ardió con la casa. Lo sentimos todos; a pesar de su defecto era un sujeto muy bueno.

Aquella posibilidad se me escapaba... suponiendo que Sharrell hubiera asesinado al esposo de Sarah. Aun así, era un pensamiento disparatado. ¿Era que los Sharrell se pasaban el tiempo asesinando a la gente? Evidentemente, no; allí solo podía haber un crimen: el de Mary Pine.

Dejé un billete sobre la mesa y me puse en pie.

—Tengo que cenar, Bonita. Gracias por todo; ha resultado una conversación muy instructiva.

Al ponerme en pie vi que Danton Harvey me miraba desde la puerta de acceso al mostrador. El rostro del individuo no albergaba ninguna simpatía hacia mí.

—Adiós, Jeff —dijo ella.

—Adiós.

Salí del bar y me encaminé al hotel. Tras una buena ducha, me cambié de ropa y bajé al comedor, en donde ingerí una sustanciosa comida. No vi a Sarah por ninguna parte, cosa que me defraudó un tanto, porque había esperado sostener con ella una interesante conversación. Así, pues, en cuanto terminé la cena subí a mí habitación. Me quité la chaqueta y la camisa y los zapatos. Saqué un libro de una de las maletas y me tendí, en el lecho a leer, maldiciendo del espantoso calor que reinaba en aquel inmundo villorrio.

No sé cuánto rato había transcurrido cuando, de pronto, oí que llamaban suavemente a la puerta.

Dejé el libro a un lado, y saltando del lecho metí los pies en las zapatillas. Caminé hasta la puerta y la abrí.

Una persona entró rápidamente en la habitación, cerrando con presteza a sus espaldas. El penetrante perfume que usaba Sarah O'Moyne hirió al instante mi pituitaria.

—Hola, Jeff —dijo, arreglándose con fingido pudor el transparente salto de cama, que velaba mal sus numerosos y exuberantes encantos.

—Hola, Sarah —dije, tratando de reponerme de la impresión.

—Quería hablarle en el comedor, pero no me sentía muy bien. Una jaqueca muy fuerte, ¿comprende? Así que he esperado un rato a que se me pasara el dolor de cabeza y entonces he venido a verle.

—Muy bien, Sarah, adelante si tiene algo que decirme. ¿Se refiere por casualidad a Mary Pine?

Ella se mordió los labios.

—La vi una o dos veces en «Los Sauces». Era una muchacha muy agradable. Pero no cambié con ella más que unas breves frases de cortesía. ¿Qué representaba ella para usted, Jeff?

—Íbamos a casarnos, Sarah.

—¡Oh!

Hubo una pausa de silencio.

—Eran prometidos —murmuró ella.

—Sí. Nos amábamos mucho, Sarah.

La viuda meneó la cabeza.

—Indudablemente. Mary daba la sensación de ser una joven muy buena y hubiera hecho sin duda su felicidad, Jeff.

—Ahora está muerta, Sarah.

Ella trató de digerir la frase.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Conocía bien a Mary. Hubiera tenido que hundirse el mundo para que ella no me escribiese al menos un par de cartas semanales.

—Y no las ha recibido ¿desde cuándo?

—Cuatro semanas.

Sarah exhaló una risa nerviosa.

—Y solo por eso cree que Mary está muerta.

—Sí. A todo lo cual hay que añadir, por supuesto, el empeño de varios de los habitantes de Blakeville en hacerme abandonar la ciudad a marchas forzadas.

—Bram Sharrell es un sujeto muy peculiar. Se cree dueño de todo cuanto hay alrededor suyo —murmuró ensoñadoramente.

—Y lo que no es, lo toma de grado o por fuerza, ¿no es así? —manifesté mirándola audazmente a la cara.

Su rostro enrojeció súbitamente. La rojez se extendió hasta el nacimiento del opulento seno, que subió y bajó repentinamente con delatores relieves.

De pronto me puso la mano en el brazo.

—Usted no le gusta a Sharrell, Jeff —dijo, mirándome con ojos suplicantes—. Váyase, váyase de la ciudad, se lo ruego.

—Tengo la sensación de que había varias personas que me estaban esperando: usted; el alguacil; Murchison, el funcionario postal... ¿Sabe usted que Murchison le entregaba las cartas de Mary a Sharrell? Si este las encontraba conforme, se las devolvía para que las dejase seguir su

curso.

—Eso no puede ser, Jeff —murmuró Sarah.

—Por desgracia, no miento. Así se conocía mi nombre en Blakeville y se temía que un día pudiera llegar yo a investigar la suerte de Mary Pine. Ese día ha llegado ya, Sarah.

—No... No lo crea, Jeff. Váyase, váyase de la ciudad, por lo que más quiera —exclamó en tono vacilante.

—Lo siento, Sarah —contesté con firme acento.

De pronto se colgó de mi cuello. Sentí contra el mío el cálido contacto de su cuerpo turbador. Sus labios estaban entreabiertos y exhalaban un ardiente hálito, a la vez que sus ojos brillaban enfebrecidos.

—Jeff —murmuró con voz súbitamente ronca.

Se oprimió contra mí con más fuerza todavía. Sus labios estaban ya a pocos centímetros de los míos. Una oleada de fuego invadió mi mente. Por unos momentos olvidé todo y bajé la cabeza.

En el momento en que nuestros labios iban a juntarse, vi que sus ojos miraban a un punto situado a mis espaldas. Abrió la boca y lanzó un fuerte grito.

CAPÍTULO VII

El instinto me hizo saltar a un lado, recordando lo que me había sucedido la noche anterior. Pero esta vez no hubo disparos.

—¿Qué ocurre, Sarah? —dije.

—Allí... —contestó, señalado hacia la puerta del balcón con mano temblorosa—. Rhett... Allí... Nos estaba espiando...

—¿Rhett Sharrell? —exclamé, atónito. De pronto me lancé hacia el balcón. Estaba vacío, aunque pude escuchar con toda claridad el crujir de unas matas en el jardín posterior del hotel. La luz era insuficiente para disipar las tinieblas del otro lado del jardín, pero a pesar de todo, creí divisar una sombra que se esfumaba rápidamente en la oscuridad.

Regresé junto a la dueña del hotel, cuyo rostro estaba completamente blanco.

—¿Está segura de que era Rhett?

Movió la cabeza afirmativamente. Aún no podía hablar, de modo que le preparé un poco de licor en un vaso. Bebió a pequeños sorbitos y el color retomó lentamente a sus mejillas.

—Pero ¿cómo pudo subir hasta el balcón? —exclamé—. Sus piernas...

—Tiene unos brazos muy fuertes, más de lo que parece —contestó Sarah—. Además, aunque tiene el impedimento de su pierna lisiada, se mueve con sorprendente rapidez, al menos en distancias cortas.

—Pero no entiendo por qué nos ha estado espiando —dije.

Sarah me miró de frente.

—¿No lo comprende? No le espiaba a usted, sino a mí.

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—Una propiedad más del viejo Sharrell, ¿no? —dije intencionadamente.

Sarah se mordió los labios.

—Por favor, Jeff —dijo. De pronto bajó los brazos a lo largo de su costado—. Tenía que llegar un día u otro; esto era inevitable.

—¿Qué es lo que era inevitable, Sarah?

Agitó la cabeza.

—No me haga preguntas, Jeff —dijo, retorciéndose las manos—. Por lo que más quiera, no me haga preguntas.

Me acerqué a ella y le puse una mano en los hombros.

—Creo que se preocupa más de lo debido, Sarah. Váyase a dormir y trate de olvidar lo sucedido.

Ella inspiró fuertemente.

—Sí... Sí —dijo, con vacua sonrisa—. Creo que será lo mejor. Hasta

mañana, Jeff.

Se fue sin añadir una sola palabra más, sin repetir de nuevo el estribillo de que me fuera antes de que me ocurriese alguna desgracia.

Estuve un rato meditando en el centro de la estancia. De pronto, quitándome la chaqueta, me dirigí hacia la puerta y apagué la luz.

Esperé unos momentos en la oscuridad. Luego, silenciosamente, salí al pasillo.

Bajé al vestíbulo, desierto en aquellos momentos. Frente al mostrador, casi al pie de la escalera, había una puertecita que daba al jardín posterior. Me aposté junto a la misma y esperé.

Pasó un rato muy largo, cerca de una hora. Al fin, la puerta se abrió silenciosamente y un sujeto penetró en el vestíbulo. Entonces me coloqué detrás de él y le puse el índice en la espalda.

—Si da un solo paso más, lo fusilo.

Rhett Sharrell se quedó como una estatua, completamente rígido. Su sorpresa fue total.

—No me esperaba, ¿eh? —dije suavemente.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó en el mismo tono.

—Hablar con usted.

—¿Dónde?

—Donde le parezca mejor. ¿En mi cuarto? —sugerí.

—El comedor está ahí al lado —gruñó él—. No me haga subir más escaleras. Mi pierna...

—Bueno —concedí. Pasamos al comedor y elegí una mesa discreta —. ¿Quiere algo de beber?

—No. Y sea rápido. Tengo prisa.

—¿No quiere que su padre se entere de la escapatoria? —pregunté en tono sarcástico.

Apretó los labios.

—Eso no es cuestión suya, maldito entrometido —dijo silabeando mucho las palabras.

—Sí, aunque a usted le parezca todo lo contrario. No me gusta que me espíen cuando estoy en mi habitación.

—Yo no le espiaba a usted —dijo el cabezón antes de que se diera cuenta de su desliz.

—¿A Sarah O'Moyne, entonces? —pregunté sarcástico.

—No tengo por qué contestar a sus preguntas —gruñó.

—Muy bien. Entonces, puede que quizá su padre se sienta interesado en saber lo que hace a estas horas fuera de «Los Sauces».

—Sí —contestó con insolencia—. Y seguramente se alegrará mucho al saber que usted y Sarah...

Avancé el busto y le di una ligera bofetada en la cara. No le hizo daño; solo quería demostrarle que en aquellos momentos yo era el más fuerte y que si no le propinaba una paliza era en gracia a su

impedimento físico. Él lo comprendió así también y enrojeció con violencia.

—No me toque, Gruder —dijo—. No me toque o...

—Mira, chico —expresé, tratándole de un modo distinto al empleado hasta entonces—; a mí no me vengas con evasivas ni me digas que eres el hijo de Bram Sharrell, el dueño de Blakeville y sus habitantes. Yo soy Jeff Gruder, de Nueva York, un tipo al cual la importancia de tu padre le deja frío. A mí lo que me interesa saber es el lugar dónde está el cadáver de Mary Pine; lo demás no me importa. ¿Está claro?

—Mary Pine abandonó «Los Sauces» sin avisar.

—Cuando uno es asesinado, abandona este mundo sin avisar a sus deudos. ¿Quién la mató? ¿Tú, chico?

—No fui yo. Y no me llame chico; tengo ya veinticuatro años...

—Si no fuiste tú, ¿quién entonces?

—¡Nadie, maldita sea! Mary Pine se marchó, eso es todo.

—Sí, se marchó, pero para siempre. Empujada violentamente fuera de este mundo por alguien que...

—¿Le está molestando este sujeto, señor Sharrell?

Volví la cabeza. Cad Caddick estaba allí, frente a la mesa, mirándome con muy malos ojos y con la mano derecha ostentosamente apoyada en la culata de su revólver.

Rhett se sintió muy satisfecho. Una fea sonrisa torció su horrible boca.

—Sí, Cad —dijo—. Échalo de aquí, ¿quieres?

—Un momento, un momento —exclamé—. Usted no puede echarme de aquí solamente porque se le antoje a este sujeto, alguacil.

—Cualquier cosa que desee un miembro de la familia Sharrell es una orden para mí —contestó el alguacil agresivamente—. Así que si Rhett quiere que lo eche de aquí, usted se irá.

—Muy bien, pero volveré con el «sheriff» del condado y una acusación de homicidio en primer grado contra todos los Sharrell en la persona de Mary Pine. Usted será implicado como cómplice; verá qué divertido lo pasa en el juicio.

Caddick me sorprendió, con una sonrisa divertida.

—Así que cree que Mary Pine fue asesinada, ¿eh?

—Sí.

—Se marchó —exclamó Rhett rencorosamente—. Nos abandonó.

—Eso es mentira —dije yo—. Uno de los tres, si no los tres, la mataron.

—Se equivoca —terció Caddick—. Mary Pine se marchó de la ciudad hace cuatro semanas, aproximadamente. Y yo puedo presentarle, al menos, un testigo que la vio subir al autobús.

Las manifestaciones de Caddick me dejaron frío por un instante.

¿Iba a resultar que los Sharrell tenían razón después de todo?

—¿Dónde está ese testigo? —pregunté.

—En el bar de Harvey. ¿Quiere venir conmigo e interrogarle usted mismo, Gruder?

—Por supuesto —respondí, poniéndome en pie.

—¿Puedo marcharme, Su Señoría? —pregunté burlonamente.

—Mañana a las nueve estaré en la biblioteca de «Los Sauces» —dije —. Puede que allí sigamos la conversación. ¿Vamos, alguacil?

Salimos del hotel. El calor era sofocante. La ciudad estaba casi a oscuras y no se veía un alma circulando por la calle. Esto me hizo sospechar en una encerrona, pero mis sospechas, afortunadamente, resultaron infundadas. Dos minutos más tarde entrábamos en el bar de Danton Harvey.

Bonita no estaba. El dueño se hallaba tras el mostrador, leyendo aburridamente un periódico. En una mesa había cuatro individuos, todos pobremente vestidos, jugando una tediosa partida de cartas. El alguacil lo llamó:

—¡Slocum!

Uno de los jugadores se puso en pie y vino hacia nosotros. Era un típico «blanco pobre», un sujeto orgulloso de no tener la piel negra, vago, haragán, maldiciendo constantemente de su suerte y de su crónica falta de dinero, debidas ambas más a su escasa afición al trabajo que no a auténticos reveses de fortuna, perseguidor de negras jóvenes y hermosas, pero linchador de negros que se atrevían a dirigir una tímida mirada a una muchacha blanca. Con toda seguridad, tenía un alambique clandestino escondido en algún lugar no demasiado lejano de la ciudad. Contaba unos cuarenta y cinco años y su indumentaria consistía en una camisa de algodón, bastante pringosa, unos pantalones caqui, con un par de sietes cosidos de cualquier manera, y unos zapatos con grietas ya en algunos sitios del empeine.

—Slim, este es el señor Gruder, de Nueva York —dijo Caddick—. Gruder, le presento a nuestro convecino Slim Slocum.

—Hola —dijo el sujeto desmañadamente.

—Tanto gusto —contesté.

—Slim, el señor Gruder está buscando a Mary Pine —siguió Caddick—. No quiere convencerse de que abandonó la ciudad hace unas cuatro semanas, aproximadamente.

—Seguro —dijo Slocum con el lento acento de los hombres del Sur —. Yo la vi subir al autobús.

—¿Está seguro de ello? —pregunté.

—Oiga, amigo —se indignó mi interlocutor—, cuando yo digo una cosa es que...

—No levantes tanto la voz, Slim —le dijo Caddick—. El señor Gruder era el prometido de Mary Pine y está dolorido por la falta de

noticias.

—Está bien, pero nadie me convencerá de que *yo* no la vi subir al autobús de la «Greyhound» —gruñó Slocum.

Empecé a descorazonarme. ¿Podía haberme abandonado Mary sin decir ni una sola palabra? Vagas historias de gentes repentinamente amnésicas se alborotaron en mi imaginación durante unos segundos. ¿Y si Mary andaba vagabundeando por el mundo sin recordar quién era? ¿No podía hallarse en un hospital para enfermos mentales, aguardando vanamente a que alguien conocido viniera a identificarla y recogerla? De súbito se me ocurrió una idea.

—Si vio subir al autobús a la señorita Pine —dije—, es que la conocía. ¿De dónde le vino ese conocimiento?

—La vi un par de veces en «Los Sauces» —contestó Slocum inmediatamente—. Suelo ir por allí con alguna frecuencia.

—¿Para qué?

—Bueno —rezongó Slocum—, no me gusta revelar ciertas cosas, pero el señor Sharrell es muy bueno conmigo y de vez en cuando me hace algún favor... económico, ¿comprende?

Sí, se comprendía fácilmente. Slocum estaba pagando ahora los favores que debía.

—¿Cómo vestía la señorita Pine? —pregunté.

Slocum dudó unos instantes.

—Bueno, llevaba un traje azul claro que la favorecía mucho. Le sentaba muy bien con el pelo rubio tan precioso que tenía.

—¿Llevaba algún equipaje?

—Sí, un «neceser» en la mano y una maleta de piel de cocodrilo marrón en la otra.

Los datos coincidían por completo. Pero aún no estaba yo del todo convencido. Tenía la impresión de que Slocum había sido instruido debidamente para contarme aquella sarta de embustes que tanto se parecían a la verdad.

—¿Le vio usted alguna joya?

—Sí, un anillo en la mano izquierda. Tenía una piedra muy bonita.

Ese anillo se lo había regalado yo el día en que nos prometimos. Pero Slocum mentía, le habían dicho que declarase así cuando yo le sometiera a interrogatorio. Y sin embargo, ¿cómo probar su falsedad? Súbitamente se me ocurrió un ardid.

—Parece usted muy observador, señor Slocum —dije.

—Lo soy, en efecto —contestó el sujeto orgullosamente.

—Entonces, no dejaría de ver el gran collar de cuentas negras que Mary llevaba casi de continuo.

—¡Pues claro que sí! ¿Cómo pude haberlo olvidad...?

—No lo olvidó, Slocum —le atajé rápida y contundentemente—. Sencillamente, Mary Pine no llevaba ningún collar de grandes cuentas

negras, por la razón de que detestaba el color negro profundamente. Lo cual me demuestra de modo concluyente que todo cuanto ha dicho ahora es un fabuloso embuste, cuidadosamente preparado en combinación con este granuja con estrella de seis puntas y Bram Sharrell. Usted podrá insistir en que vio a Mary Pine subir al autobús, pero no lo sostendrá igual cuando se enfrente a un juez, un fiscal y un jurado y declare bajo juramento. Los perjuros son muy perseguidos en todas partes. ¿Lo sabía usted, Slocum?

El tipo perdió el color. Abrió la boca una o dos veces, como buscando aire, y luego miró a Caddick suplicantemente, pidiéndole consejo en silencio.

Solté una risita; los dos sujetos se habían quedado de piedra.

—Gracias por sus conmovedores esfuerzos en demostrar la marcha de Mary Pine de Blakeville —dije—. Lástima que sean tan malos mentirosos.

—¡Maldita sea! —juró Caddick, dando un paso hacia mí.

—Cuidado —le advertí—. Usted es un guardador, no un violador de la paz pública. Repare en esa estrella que lleva en el pecho y obre en consecuencia. Debe protegerme y no atacarme, esa es su obligación. ¿Está claro?

Caddick no tenía fuerzas para hablar. En cuanto a Slocum, se hallaba tan azarado que no sabía siquiera qué hacer. Esperaba un consejo para actuar, pero el alguacil no se hallaba en situación de dárselo. A su vez, tenía que pedírselo a Sharrell… y este se hallaba a dos millas y media de la ciudad.

—Buenas noches —dije suavemente. Y salí del bar sin ser molestado en absoluto.

A la mañana siguiente, muy cerca ya de las nueve, estuve a punto de atropellar a un cadáver.

CAPÍTULO VIII

Tuve que frenar violentamente para evitar que las ruedas pasaran por encima del cuerpo tendido en medio del camino, a la salida de una curva muy pronunciada. De haber Levado diez kilómetros más de velocidad, el atropello hubiera sido inevitable.

Permanecí unos momentos indeciso, analizando la situación. Luego abrí la portezuela y salté al suelo.

Pasé a la delantera del coche. El cuerpo yacía a menos de un metro de las ruedas. Tenía el rostro horriblemente deformado, pero aun así pude identificarle en unos momentos. Se trataba de Murchison.

Me arrodillé a su lado, examinándolo cuidadosamente, pese a la repugnancia que el hecho me inspiraba. Antes que yo, otro automóvil había atropellado al desgraciado funcionario. Una rueda, posiblemente la delantera, le había pasado por el cuello. La trasera del mismo lado le había destrozado el cráneo, después de un ligero toque del volante hacia la izquierda. No tenía más heridas aparentes; pero con aquellas dos había más que suficiente para causarle la muerte.

Observé un hecho extraño. A menos que el automóvil lo sorprenda a uno tendido en mitad del camino, siempre se observan algunas otras heridas, sobre todo en el cuerpo, procedentes del primer impacto del choque. Una persona es atropellada y recibe un golpe del vehículo causante de la desgracia. Luego cae y las ruedas le pasan por encima. En el caso de Murchison, solo se había cumplido la segunda parte del programa.

Además, estaba ya frío, lo cual me indicó que la muerte se había consumado horas antes. Me imaginé fácilmente lo sucedido. Murchison se había asustado al oír mis imputaciones y después de leer el telegrama dirigido a mí amigo del FBI había cobrado un pánico espantoso. Aparte de que ignoraba que mi amigo era un muchacho con aficiones literarias, Murchison no se había parado a pensar que el FBI no podría intervenir en el caso de Mary Pine, excepto que hubiese habido secuestro, y esta circunstancia, a mi entender, no se había producido. Pero Murchison solo había visto delante de sus pupilas, como el premonitorio «Mane, Thecel, Phares» de la famosa cena babilónica, y había corrido a ver a Sharrell. Considerado como un eslabón débil, susceptible de quebrarse en cualquier momento, Sharrell había ordenado fríamente su eliminación.

Y lo habían matado, seguramente atontándolo primero y luego haciendo pasar las ruedas de un coche por encima. Sabían que yo volvería a «Los Sauces» a las nueve de la mañana. Entonces, nada más

fácil que dejar el cuerpo en medio del camino, a fin de que yo lo atropellase y poder de este modo achacarme las culpas. Hubieran tenido un motivo legal para actuar contra mí y para cuando me hubiese visto libre de aquel enredo, ya no hubiera podido hacer nada contra ellos.

Pero la trampa no había surtido efecto y la presa se había librado de caer en ella. Todavía no, me dije. ¿Y si habían avisado a Caddick para que se presentase en el momento menos oportuno? ¿Quién convencía a aquel tozudo sujeto de que yo no había atropellado a Murchison? Claro que habría en Blakeville un juez que dirigiría la encuesta preliminar y un jurado, pero todos ellos serían parciales en contra mía. Yo era un elemento extraño en Blakeville y Sharrell dominaba a Blakeville. Esta era la situación y así había que tomarla.

No podía dejar el cuerpo de Murchison en el camino. Tenía que quitarlo de allí cuanto antes, hacerlo desaparecer, en suma. Era una cosa desagradable para el pobre hombre, que había sucumbido al carácter déspota y autoritario de Sharrell, pero ya no se podía hacer nada en su favor.

Me incliné sobre él y lo levanté en brazos. Salí del camino y anduve como treinta o cuarenta pasos, hasta que me situé al borde de un pestilente conjunto de cañas, hierbas semipodridas y fango casi líquido. Tomé impulso y lancé el cuerpo de Murchison a la ciénaga.

El cadáver cayó en la ciénaga con sordo ¡plof! Mantúvose unos instantes en la superficie y luego empezó a sumergirse lentamente, en medio de un espeluznante burbujeo que me hizo bailar el desayuno en el estómago. Aguanté como pude, hasta que hube visto desaparecer el cuerpo de aquel desdichado en el pantano. Cinco minutos más tarde ya no quedaba otro rastro del mismo salvo unas burbujas que afloraban lentamente a la superficie y estallaban con sordos chasquidos. Hasta las burbujas dejaron de salir al cabo.

Entonces regresé al camino, monté en el auto y reanudé la marcha en dirección a «Los Sauces».

Nadie salió a recibirme. Dejé el coche, ascendí la escalinata y empujé la puerta del vestíbulo. Una sirvienta negra se asomó por la puerta del fondo, retirándose de inmediato.

Vacilé unos momentos, luego, en vista de que no acudía nadie, giré hacia la izquierda y me dirigí a la biblioteca.

Estaba muy bien provista. Después de la reconstrucción de «Los Sauces», sus dueños se habían ido ocupando de reponer las existencias de libros. Era evidente que los miembros de la familia Sharrell habían sido muy astutos, cuando habían sabido salvar sin detrimento económico las consecuencias de la guerra entre estados.

Había una gran mesa en el centro. Vi un libro con el rótulo de «Catálogo» en su cubierta y lo abrí, buscando los volúmenes que me interesaban. Pronto encontré un par de ellos que estimé podían serme útiles para mí labor. En aquel momento oí un ruido de automóvil en el exterior.

Movido por la curiosidad, me acerqué a una de las ventanas que

daban a la parte delantera de la mansión. Caddick se apeaba en aquel momento de un vetusto automóvil que funcionaba poco menos que por milagro. Su rostro aparecía cubierto de nubes y no era difícil imaginar lo que sucedía en el interior de su mente. Cuando le vi ascender por la escalera a saltos me retiré presurosamente al interior. Más o menos, me era fácil imaginar lo que iba a decirle a Sharrell.

Despreocupándome del asunto, me senté a la mesa y abrí uno de los libros. No habían transcurrido dos minutos cuando noté que se abría la puerta.

Levanté la vista. Carol penetró en la biblioteca, cerrando cuidadosamente a su espalda. Vestía su bata de trabajo y aparecía un poco más tranquila que el día anterior.

—Buenos días, Carol —saludé, poniéndome en pie. Hice ademán de ponerme la chaqueta, que me había quitado a fin de trabajar con más comodidad, pero ella lo impidió con rápido gesto.

—No, no se preocupe de las conveniencias, Jeff. Aquí van todos en mangas de camisa.

—Bueno, si lo quiere... —saqué tabaco—. ¿Un cigarrillo?

Ella aceptó. Fumamos. Al cabo de un momento me preguntó:

—¿Ha descubierto algo, Jeff?

—Sí. Algunas cosas muy interesantes. Por ejemplo, suponía que Sharrell leía las cartas de Mary antes de dejarlas pasar. Lo comprobé. Después atrapé a Rhett cuando me espiaba en mi habitación. Lo sometí a interrogatorio, pero entonces apareció Caddick y cortó el diálogo. Caddick me presentó a un testigo que manifestó haber visto marchar a Mary de Blakeville.

—¡Entonces, no le asesinaron!

—El testigo era falso. Lo demostré concluyentemente.

—¿Es cierto?

—Por supuesto. Dijo que había visto a Mary con un gran collar de cuentas negras, cuando lo cierto es que Mary no poseyó jamás un adorno semejante.

—Eso significa que compraron al testigo.

—Justamente. El tipo recitó su lección de un modo que llegó casi a convencerme, de no ser porque dio, a mi entender, demasiados detalles. Entonces se me ocurrió inventar la historia del collar y picó. Esto me demostró concluyentemente que alguien le había pagado por mentirme.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella—. Entonces, ¿es cierto que Mary murió asesinada?

—Eso opino yo. La última carta que recibí me decía que había descubierto algo espantoso y que no se atrevía a contármelo, que ya lo haría cuando volviéramos a vernos.

—Pero ¿no dice que Sharrell leía todas las cartas que le escribía Mary?

—Sí; y eso es lo que me preocupa, porque Sharrell nunca debió haber dejado pasar esa carta.

—Quizá no la echó al correo ordinario, puesto que Murchison traía a «Los Sauces» todas las cartas que ella le escribía.

Miré a Carol maravillado.

—¡Es cierto! —exclamé—. No se me había ocurrido semejante posibilidad. Pero, ¿cómo pudo enviarme esa carta si no pasó por las manos de Murchison?

—Lo siento, pero no puedo contestar a esa pregunta, Jeff.

Aplasté el cigarrillo en un cenicero.

—Tendré que pensarlo. Mary debió sospechar que sus cartas eran leídas y por ello recurrió a una argucia para enviarme su última.

—Quizá Murchison pueda informarle de algo, si le aprieta las clavijas, Jeff —sugirió la muchacha.

Moví lentamente la cabeza.

—Murchison ya no dirá nada. Está muerto.

Carol hubo de apoyarse en la mesa, mientras exhalaba un gemido.

—Muerto —repitió con voz opaca.

—Así es —y a renglón seguido le conté todo lo que había hecho desde que divisara el cadáver del funcionario postal atravesado sobre el camino.

Ella se recobró al cabo de unos momentos.

—Pero en Blakeville notarán su desaparición —alegó.

—Bueno, no puedo evitarlo. Sin embargo, dudo mucho de que encuentren su cadáver. Quizá —añadí con una nota de melancolía en la voz— la pobre Mary corrió una suerte semejante.

—Me pregunto —dijo Carol lentamente— qué cosa tan espantosa descubrió que los Sharrell se vieron obligados a silenciarla para siempre.

—No lo sé. No tengo la menor idea, Carol. Se lo confieso con toda sinceridad. Si supiera de qué se trata, tendría la mitad del camino adelantado.

—¿Cometieron los Sharrell algún otro crimen hace años y ella lo descubrió?

—Es posible —admití.

—Si hubiera dejado algo… —murmuró Carol, sumamente pensativa —. Tengo entendido que ocupo la misma habitación que le fue asignada a ella, pero cuando me acomodé no vi nada que indicara que por allí había pasado una muchacha joven y agraciada. Todo estaba perfectamente cuidado y aseado, sin rastro absoluto de que Mary hubiera habitado la estancia. Claro que —añadió— también transcurrieron dos semanas desde su desaparición y mi llegada. Es un plazo más que suficiente para hacer desaparecer rastros comprometedores.

—Mary tenía en su equipaje un neceser gris de viaje y una maleta de piel de cocodrilo marrón. En ambos estaban sus iniciales adheridas en letras metálicas. Si encuentra usted esos dos objetos, puede que haya conseguido un gran paso en mis aspiraciones de demostrar mis sospechas.

Carol meneó la cabeza.

—Habrán ido a parar al fondo de la charca —dijo.

—¿A qué charca se refiere usted? —pregunté súbitamente.

—Oh, hay muchas en las inmediaciones. Pero lo lógico en un asesino hubiera sido arrojar los maletines en el sitio más próximo: en la charca de la estatua.

Me pellizqué el labio inferior, sumamente pensativo. Las palabras de Carol acababan de sugerirme una idea. Pero era aún pronto para ponerla en práctica. Tendría que hacerlo más adelante, en el momento oportuno.

De pronto escuchamos pasos que se acercaban a la biblioteca. Agarré a Carol y la atraje hacia mí.

—Vamos a fingir —dije rápidamente—. Pégueme una bofetada.

Estaba besándola cuando se abrió la puerta. Carol era viva de comprensión y se separó rápidamente de mí, asestándome una fuerte bofetada en la mejilla.

—¡Grosero! ¿Por quién me ha tomado?

Y se encaminó hacia la puerta con paso rápido. Louis se echó a reír primero y luego enserió el gesto.

—¿La ha molestado ese granuja, Carol? —preguntó.

Ella le miró rectamente a los ojos.

—Vine a consultar un libro de escultura y ese, sujeto intentó propasarse conmigo. Pero ya sé defenderme yo sola de cierta clase de tipos, Louis. Gracias, de todas formas, por sus buenas intenciones.

Louis avanzó hacia mí. Carol estaba en el umbral y nuestras miradas se cruzaron por encima del hombro del individuo. Ella me guiñó un ojo y luego cerró la puerta, dejándonos solos.

Sarcásticamente, Louis dijo:

—Vaya, pronto hemos olvidado a Mary Pine, ¿eh? Traté de situarme a su altura.

—En cuanto veo una mujer bonita por mis inmediaciones, pierdo la cabeza —respondí cínicamente.

—Y hay que reconocer que Carol es bonita de veras.

—¿Tanto como Mary Pine? —pregunté intencionadamente.

Louis se encrespó.

—¡Oiga, ya hemos hablado bastante del asunto! ¡Mary Pine se marchó, eso es todo lo que le interesa! Y usted, termine cuanto antes su maldito trabajo y lárguese también, ¿me ha entendido?

—¿Cuál de los tres la mató? —pregunté, impávido—. ¿Usted? ¿Su

padre? ¿Rhett? Enternecedor panorama el de la familia Sharrell, protegiéndose cerradamente los unos a los otros. ¿Quién de los tres es el que se sentará en la silla eléctrica?

Louis crispó los puños.

—Si mi padre no me hubiese dado ciertas órdenes con respecto a usted, le machacaba las narices ahora mismo —dijo rabiosamente.

—Recuerde —contesté—, su estómago es muy blando. Usted es fuerte, pero está desentrenado.

Los dientes del sujeto crujieron.

—No sé por qué le tolera mi padre en «Los Sauces». Debiera haberle arrojado a patadas desde el primer día.

—Pero no lo ha hecho y no será usted quien me propine esas patadas, Louis —contesté con desparpajo.

—No cante victoria todavía, Gruder. Si piensa que ha de irse de Blakeville sin que yo me tome el desquite, está muy equivocado.

Giró en redondo y se dirigió hacia la puerta. Al llegar allí se volvió y me miró con ojos enllamarados.

—Me desquitaré, téngalo por seguro, Gruder —barbotó.

—¿Por qué me tiene tanto miedo, Louis? —pregunté suavemente.

El sujeto emitió una obscena blasfemia por toda respuesta. Luego salió de la biblioteca pegando un terrible portazo.

Encendí un cigarrillo y estuve fumando tranquilamente durante unos minutos, mientras analizaba críticamente la situación. Al terminar el pitillo, volví al trabajo.

Alrededor de la una suspendí mi labor investigadora. Cogí la chaqueta y salí de la biblioteca.

El vestíbulo estaba desierto. Crucé el espacio y llegué al estudio, hallándolo también desocupado. Una viva curiosidad me hizo penetrar en la pieza y examinar los trabajos que realizaban Sharrell y Carol.

Maquinalmente, me acerqué a una de las ventanas. De pronto, al mirar de modo casual al través de los vidrios, divisé a Bram Sharrell, en pie junto a la estatua y al borde de la charca. Su actitud pensativa me intrigó notablemente.

CAPÍTULO IX

Sharrell estaba en pie, a dos pasos de la estatua, con los brazos a la espalda, contemplando la viscosa superficie de la charca con expresión abstraída. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de mi llegada hasta que pronuncié su nombre.

—Señor Sharrell.

Volvió la cabeza lentamente y me miró con pupilas opacas.

—Hola, Gruder —dijo.

—Le veo muy pensativo —observé de modo casual.

Trató de sonreír. En sus tiempos debió de haber sido un hombre tremendamente atractivo. Ahora me daba la sensación de estar abrumado por el peso de algún secreto que oprimía su conciencia y del cual, sin embargo, no se atrevía a desprenderse por temor a las consecuencias.

—Suelo venir aquí de vez en cuando a meditar —dijo—. Un poco de conversación con uno mismo alivia bastante, no cree.

—Es posible —respondí—. Sobre todo, cuando pesan sobre la conciencia algunos hechos desagradables, ¿no?

Sus ojos centellearon vivamente.

—Mi conciencia está perfectamente tranquila, Gruder— manifestó con acento levemente enojado.

—No lo dudo —murmuré, mientras me ponía un cigarrillo en la boca—. Pero una cosa es que no le remuerda la conciencia y otra que no tenga motivos para sentir remordimientos.

—¿De qué nuevo asesinato me acusa ahora, Gruder? —preguntó Sharrell, sonriendo abiertamente.

—Solo de uno, ya lo sabe usted.

Di media vuelta y me senté sobre el capitel de la columna que servía de pedestal a la estatua, apoyando la cabeza en una de las rodillas de la misma. Expulsé el humo con toda tranquilidad, mientras espiaba las menores reacciones del rostro de mi interlocutor.

Al cabo de un momento, Sharrell dijo:

—Mary Pine se marchó, y usted lo sabe perfectamente.

—Porque lo dice un sujeto vago y harapiento llamado Slocum, ¿no es cierto?

—Eso tengo entendido.

—Se lo contó Caddick esta mañana.

Los ojos de Sharrell fulguraron durante unos instantes.

—Para espía no tendría usted precio, amigo —contestó.

—Estoy tratando de descubrir al asesino de Mary Pine, usted lo

sabe. Por lo tanto, tengo que fijarme hasta en los menores detalles. Como en la falsedad del testimonio de Slocum.

—Si Slocum dijo que vio marcharse de Blakeville a Mary Pine y mintió, allá él —contestó el gigante abruptamente—. ¿Acaso soy yo el responsable de lo que pueda hacer semejante haragán?

—¿Quién sabe? —respondí con toda frescura.

Sharrell me amenazó con uno de sus muñones. En aquellos momentos solo llevaba las correas, sin ninguna clase de pinzas.

—Escuche, Gruder —dijo con voz en la que vibraba una nota de cólera indudable—, su insistencia empieza ya a molestarme, ¿sabe? Si sigue así, voy a tener que ordenar a Caddick que lo meta en la cárcel del pueblo durante unos cuantos días, a ver si de este modo se le quitan de la cabeza unas ideas tan estúpidas.

—Mientras viva seguiré pensando que Mary Pine murió en «Los Sauces», asesinada por uno de los tres hombres que llevan el apellido Sharrell —contesté obstinadamente.

Sharrell me miró fijamente durante unos segundos. Luego, de modo inesperado, lanzó una risa sarcástica, llena de estridentes vibraciones.

—¿Y qué? Supongamos que fuese yo el asesino de Mary Pine. ¿Cómo lo demostraría usted? No hay pruebas, no hay testigos, no hay cadáver; ¿quién aceptaría esa acusación? Se le reirían, Gruder, y usted lo sabe muy bien —agitó despectivamente el muñón derecho—. ¡Bah! ¡Asesinato! ¡Tonterías!

—Entonces, ¿dónde está ella?

—¡Y yo qué sé! ¡Se marchó, eso es todo, estamos cansados de repetírselo, Gruder!

Tiré el cigarrillo a la charca. La brasa chasqueó levemente. Me puse en pie.

—Mary Pine se quedó en «Los Sauces». Está aquí, enterrada sabe Dios dónde... Pero a menos que hagan conmigo lo mismo, descubriré a su asesino y lo sentaré frente a un juez y un jurado.

—¡Estúpido! —me apostrofó Sharrell—. No es cierto, pero aunque lo fuera, le desafío a que encuentre ese supuesto cadáver, Gruder.

—Tengo mucho tiempo para ello, señor Sharrell. Y los indicios suficientes como para suponer que usted no desea que siga adelante con mis investigaciones —omití deliberadamente todo lo referente a Murchison; no me convenía en aquellos momentos hablar del funcionario postal —pero la insistencia de Caddick en que me marche de la ciudad resulta harto sospechosa. Añadamos el tiroteo de que fui objeto la noche de mi llegada, sumemos, además, las falsas declaraciones de Slocum y... ¿qué es lo que obtenemos? La certidumbre respecto a la suerte que corrió Mary Pine. ¿Por qué la mataron? —pregunté de repente.

Mi pregunta cogió a Sharrell desprevenido.

—Porque... ¡Infiernos! —se corrigió prestamente—. ¡Ya le he dicho que no hemos sido nosotros!

—Entonces ¿fue alguien pagado por usted?

Sharrell se batió en retirada, comprendiendo sus deslices verbales.

—¡No! ¡No fue nadie, se marchó ella por su propia voluntad! —vociferó, con el rostro congestionado hasta el borde del estallido.

Decidí que ya tenía bastante por el momento. No convenía recargar las tintas demasiado. Fingiendo indiferencia, encendí dos cigarrillos y le coloqué uno entre los labios. Sharrell aspiró el humo ávidamente y luego, hablando entre dientes, me dijo:

—Gracias, Gruder.

Retrocedí unos cuantos pasos y admiré la estatua.

—Es hermosa de veras, señor Sharrell. ¿La esculpió usted?

Tenía el cigarrillo en la comisura de los labios. Habló con una nota de legítimo orgullo en la voz.

—Es mi obra maestra, mi «capolavoro», como dicen los italianos. ¿Le gusta?

—Daría algo bueno por poseerla, lo confieso.

—No la dejaría salir de mi propiedad ni por todo el oro del mundo, Gruder.

Miré las sucias aguas del estanque.

—La estatua está magníficamente emplazada aquí, señor Sharrell. Los sauces y el estanque son el complemento decorativo adecuado. Pero en mi opinión, debería sanear esta charca. Con las aguas limpias y transparentes, el lugar ganaría un cien por cien.

—Quizá me decida a hacerlo algún día, Gruder. Sí, tiene razón; es necesario sanear la charca.

Cuando lo hiciese, el paraje resultaría encantador. Y más si rodeaba la charca, ya con las aguas limpias y cristalinas, con una cerca de piedra blanca que sustituyese a aquellos inmundos y apestosos hierbajos.

—Pero ahora no puedo entretenerme en esa labor —añadió—. Tengo otras más urgentes.

—¿Ninguno de sus dos hijos ha sentido jamás afición por la escultura, señor Sharrell? —pregunté súbitamente.

El rostro del individuo se oscureció.

—Son un par de ineptos —dijo—. Si alguno de ellos hubiese mostrado la menor inclinación por trabajar, yo le habría buscado algo; le hubiera ayudado económicamente... Pero son vagos e inútiles por naturaleza.

—Rhett no es de los que puedan trabajar mucho —observé.

—No es tonto, pese a su aspecto. Pero prefiere merodear con sus perros por la finca.

—Y por dónde no es la finca —dije intencionadamente.

—Sí —masculló rabioso—. Persigue a las negras, porque no hay ninguna blanca que lo acepte. Ni por dinero.

—Como Bonita Harvey, ¿verdad?

Sharrell escrutó mi cara.

—¡Qué buen espía haría usted, Gruder! —resopló. Y de repente, actuando con gesto totalmente imprevisto, dio media vuelta y echó a andar hacia la casa, sin añadir una sola palabra más.

Estuve allí unos momentos, pensativo. Luego, lentamente, regresé a la mansión.

Al oscurecer volví a la ciudad. De Murchison nadie me había hablado una sola palabra. Fallado el golpe, parecían conformarse con la desaparición del empleado de Correos. Mejor para mí, en todo caso.

Fui al hotel, me duché, cambié la indumentaria, cené y al terminar me dirigí al bar de Harvey. Bonita me atendió, un tanto quejosa.

—Hoy no se te ha visto el pelo, Jeff —manifestó.

—Estuve todo el día en «Los Sauces».

La mirada de la chica se animó súbitamente.

—¿Y qué has averiguado?

—¿Por qué tenía que averiguar nada? Estuve trabajando...

—Vamos, vamos —sonrió ella picarescamente—. Sarah me ha contado algunas cosas.

Torcí el gesto. El asunto se extendía más de lo que estimaba conveniente.

—Deberás tener un poco de paciencia, preciosa.

Ella hizo un gesto de desencanto. Luego dijo:

—Desde luego, no me extrañaría nada que hubiesen matado a tu prometida.

—En tu opinión, ¿cuál de ellos pudo ser?

—Cualquiera. O los tres a la vez, vete a saber. Cada vez que ven a una mujer joven y hermosa, la contemplan con ojos de caníbal. Da frío pasar al lado de uno cualquiera de los Sharrell, te lo aseguro.

—Y yo te creo sin necesidad de más —dije afectuosamente—. Y ahora, ¿quieres ser buena conmigo y ayudarme?

—Por supuesto, Jeff. ¿De qué se trata?

—Slim Slocum. ¿Dónde vive?

Bonita entrecerró los ojos.

—Es un mal sujeto. Ten cuidado con él.

—O.K., lo tendré presente. Vamos, dime dónde vive.

—Sigue hacia arriba. Cuenta tres calles; al llegar a la tercera, dobla hacia la derecha. Sigue recto. Es la última casa de la izquierda. ¿Llevas armas?

—No. Ni las quiero tampoco.

—Haces mal, pero no te lo voy a discutir. ¿Por qué quieres ver a Slocum?

Me puse en pie.

—Tengo curiosidad por saber cuál es el precio de un testigo falso en Blakeville —dije.

Deposité una moneda sobre la mesa, dirigí una sonrisa a la chica y salí del bar.

Después de la cena, Blakeville era una ciudad muerta. Algunos letreros de neón no conseguían disipar la sensación de pobreza y hastío que flotaba de continuo en aquel ambiente. La carretera estatal a Folkston se desviaba a la entrada, de modo que el tránsito por el centro era poco menos que nulo. Y si el alumbrado de la Calle Mayor era deficitario, en la calle donde vivía Slocum resultaba ya deprimente.

Recorrí la calle, sintiendo mis pisadas como único sonido. Todas las casas estaban ya cerradas o, por lo menos, apagadas las luces. De vez en cuando salía un sonoro ronquido por alguna ventana abierta a causa del calor. Pero no se veía un alma en toda la extensión de la calle.

Llegué al final de la misma. Encontré la casa de Slocum, una mísera vivienda de madera, cuyos tejamaniles se arqueaban a causa del descuido en reponerlos, y a la cual le hacía falta una buena mano de pintura. La casa, aun desde el exterior, olía a mugre y suciedad. Era evidente que para Slocum no representaba sino un sitio donde comer y dormir... exactamente lo mismo que sienten los animales domésticos respecto de sus establos.

Llamé a la puerta con los nudillos. Tuve que repetir la llamada dos veces más antes de que escuchase una voz soñolienta.

—¿Quién es?

—Un amigo —dije suavemente. Miré a derecha e izquierda; la calle continuaba desierta y no me convenía ser visto ni mucho menos oído.

Slocum rezongó algo ininteligible. Abrió la puerta y la luz de una polvorienta bombilla recayó al instante en mi cara.

Slocum me reconoció en el acto. Lanzó un respingo y trató de darme con la puerta en las narices. Avancé el pie, impidiéndole cerrarla. Luego cargué con el hombro y el sujeto retrocedió trastabillando hasta el interior de la casa.

Entré y cerré a mis espaldas. Me di cuenta de que las ventanas estaban abiertas, así que las cerré y bajé las cortinillas. Al terminar, giré sobre mis talones, enfrentándome con Slocum, en cuyas manos se veía una escopeta de dos cañones apuntando derechamente a mí pecho.

—Váyase ahora mismo de mi casa —dijo—. Váyase o le lleno el cuerpo de plomo.

—No sea estúpido —dije—. Si me mata, le freirán a usted.

—Alegaré que asaltó mi casa en plena noche —barbotó Slocum, lívido de rabia.

—¿De veras? ¿Tengo yo el aspecto de dedicarme a robar por las noches en las casas de los pacíficos ciudadanos de Blakeville? —lancé

una mirada circular por la miserable estancia—. ¿Qué hay aquí que se pueda robar, Slocum?

—No me importan sus alegatos; lo que quiero es que se marche cuanto antes o empegaré a tiros con usted.

Solté una suave risita.

—¿Cree que serían tan benignos con usted como con Sharrell? ¿Acaso piensa que porque Sharrell le pagó para emitir un falso testimonio, se comprometería por defenderle habiendo una muerte de por medio?

Mis razones hicieron mella en su fortaleza. Era evidente que su forma de actuar se debía al pánico y no al valor.

—Vamos, vamos —dije, en tono conciliador—, baje esa escopeta. Si me matase, se vería en un lío muy gordo. ¿Le gustaría que asomasen las narices por aquí el «sheriff» del condado y la policía del Estado? ¿Cree que Caddick levantaría un solo dedo por ayudarle, si viera su piel a punto de chamuscarse?

La nuez de Slocum subió y bajó rápidamente. Los cañones del arma se inclinaron hacia el suelo.

—Está bien —dijo después de varios carraspeos—, ¿qué es lo que quiere saber?

Dejó la escopeta sobre la mesa. Agarró una botella que había allí y bebió del gollete largamente. Al terminar, se limpió los labios con el dorso de la mano.

—De acuerdo, lo diré. Caddick vino a verme a casa y...

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Las tres detonaciones resonaron muy juntas. Morbosamente fascinado, contemplé durante una cortísima fracción de tiempo los tres orificios que los proyectiles abrían rápida y sucesivamente en el rostro de Slocum. De pronto, la cabeza del sujeto estalló como una granada madura, dejando escapar su repugnante contenido en todas direcciones.

CAPÍTULO X

Me arrojé al suelo, esquivando al desconocido tirador. Luego di un par de vueltas sobre mí mismo, para evitar la acción de posteriores proyectiles.

Pero no hubo más disparos. Sentí que la puerta, abierta subrepticiamente mientras hablábamos, se cerraba de golpe y luego el ruido de unos pasos que se perdían rápidamente en dirección al campo abierto.

Alguien gritó en una casa vecina. Me puse en pie, contemplando el horrible espectáculo que ofrecía el desdichado Slocum, cuya cabeza había sido literalmente despedazada por la violencia de los impactos. Casi en el acto, me dije que debía escapar de allí a toda costa.

No cometí la imprudencia de salir a la calle. El asesino ya había desaparecido y al único que verían sería a mí. Actuando, pues, con rapidez, atravesé la pieza y salí por una puerta que había al otro lado y que conducía a una sucia cocina que hedía de un modo abominable.

La cocina daba a un patio lleno de toda clase de objetos viejos. Sorteando los obstáculos como pude, llegué a una pequeña tapia que salté, hallándome en terreno descubierto. A mis espaldas, el estruendo era enorme.

Corrí como un loco, describiendo un amplísimo semicírculo que me llevó al jardín del hotel. La tapia medía unos dos metros y pico de alta. Tomé impulso, me agarré al borde con ambas manos y salté al otro lado.

Caminando sigilosamente entre los magnolios, llegué a uno de los postes que sustentaban el balcón. Trepé por él, dejándome el traje hecho una lástima y pasé a mí habitación.

Me cambié de ropa inmediatamente, poniéndome un pijama. Revolví la ropa del lecho. Saqué tres o cuatro cigarrillos que partí por la mitad, encendiéndolos por pares y arrojando algunos al suelo y aplastando otros contra el cenicero. Me revolví el cabello y, finalmente, escondí la ropa sucia bajo el sillón. Era inocente, pero allí había muchas ganas de atraparme y yo no tenía ninguna de dejarme pescar en la red.

Destapé la máquina de escribir y moví ligeramente las cuartillas escritas, dándoles el aspecto de haber trabajado en ellas. Al terminar, me puse una bata y salí de la habitación.

En el hotel no se oía el menor ruido; la distancia a la casa de Slocum era mucha y el escándalo del asesinato no había trascendido hasta allí. Pero o mucho me equivocaba o el alguacil iba a visitarme

antes de que transcurriera una hora. Por eso quería cubrir mis puntos débiles.

Llamé a la puerta del dormitorio de Sarah, sito en la planta inferior, sin recibir ninguna contestación. Extrañado, abrí la puerta y penetré en la estancia, que olía de modo penetrante a su perfume favorito.

Encendí la luz. Sarah no estaba. La cama se divisaba intacta, lo cual me demostró que la mujer no había pernoctado allí aquella noche. ¿Dónde se encontraba en aquellos momentos?

Di unos cuantos pasos en la habitación. De pronto, al pie del lecho divisé un trocito de papel, arrugado y estrujado como si alguien hubiese cerrado su puño nerviosamente en torno al mismo.

Agachándome, recogí el papel y lo desarrugué. Alguien había escrito una nota en su blanca superficie. El significado de la misma se entendía fácilmente.

«Ven esta noche.
B. S.».

Volví a arrugar el papel, y lo dejé caer en el mismo sitio. Entonces descubrí un teléfono sobre la mesilla de noche. Dudé unos instantes; en Blakeville no había servicio automático y era preciso comunicarse por medio de una operadora. Sin embargo, me dije, era preciso correr el riesgo de que la telefonista se sintiese parlanchina.

Levanté el aparato. Cuando la operadora contestó, dije:

—Póngame con el bar de Harvey, por favor.

—Al momento, señor.

Esperé unos instantes. La carrasposa voz del viejo Harvey se dejó oír de inmediato.

—¿Quién es?

—Deseo hablar con Bonita, señor Harvey. Es muy urgente, por favor.

—Pero ¿quién diablos es usted? Bonita está acostada ya...

—Pues dígale que se levante, rayos —exclamé imperativamente—. Ahora no puedo perder el tiempo en explicaciones.

El tono de mi voz pareció convencer al viejo que, gruñendo, acabó por cumplimentar mi encargo. Momentos después oía la voz de la muchacha.

—Bonita, soy Jeff —dije.

—Hola, Jeff. ¿Qué sucede? ¿Por qué me haces levantar a estas horas?

—Oh, no es nada de particular. Simplemente, como ya te dije antes al despedirme —acentué calculadamente esta frase— hacía mucho calor y ni en el balcón de mi cuarto se puede estar. No tenía sueño y se me ocurrió llamarte para charlar un ratito.

—Vaya, pues ya podías tomar una pastilla de somnífero— rezongó ella, muy enojada.

—Eso es lo que iba a hacer ahora mismo, Bonita. Pero... me acordaba de cuando te vi desde la puerta del hotel, saludándome con la mano antes de meterme dentro y.

De pronto oí un sordo murmullo a través del auricular. Bonita dijo:

—Aguarda un momento, Jeff —habló con alguien, sin duda su padre, en forma rápida y nerviosa, pero ininteligible para mí y luego reanudó la conversación—. Sí, me acuerdo de todo perfectamente, Jeff. Espero que puedas dormir luego tranquilamente.

Era una chica lista. Por el tono de su voz deduje que había comprendido lo que quería de ella.

—Gracias, Bonita. Que tengas felices sueños esta noche... con Tom Crandall, por supuesto.

Ella se echó a reír.

—No seas malo, Jeff. Buenas noches —y colgó.

Tan lista era que conociendo ya la noticia de la muerte de Slocum, no la mencionó siquiera, sabiendo que la telefonista podía estar al acecho. Ella debía darse cuenta de que podían implicarme en aquel crimen y trataba de ayudarme.

Yo colgué también. Salí del dormitorio de Sarah y me dirigí al mío a todo correr. Tiré el batín a un lado, me tendí en el lecho y apagué la luz.

Escasamente diez minutos más tarde escuché el ruido de unos zapatones en el pasillo. Luego unos nudillos golpearon la puerta y una voz harto conocida pronunció mi nombre.

—¡Abra, Gruder! ¡Soy Caddick, el alguacil!

Contesté entre dientes, fingiendo sueño. Caddick repitió la intimación. Empezaba a conocerme y quería obrar con la mayor circunspección, a fin de no pillarse los dedos. Al fin, tras hacerle esperar casi un minuto, acudí a la puerta, fingiendo frotarme los ojos para disipar el sueño que los velaba.

—Hola, Caddick —dije, entre bostezo y bostezo—. ¿Por qué interrumpir el sueño de los pacíficos ciudadanos de Blakeville?

El alguacil me miraba de malísimo talante.

—Esta noche se ha cometido un asesinato. Slocum ha recibido nada menos que tres balazos a quemarropa que le han volado el cerebro.

Miré al alguacil con ojos de fingido pasmo.

—¡Slocum! —exclamé.

—El mismo —rezongó Caddick—. Y quiero que me diga dónde estaba usted hace una hora, que es el tiempo, más o menos, que hace que se ha cometido el crimen.

Mi expresión varió. Ahora era ya de enojo.

—Oiga, Caddick, en lugar de ir por ahí molestando a los ciudadanos

que descansan tranquilamente, ¿por qué no echa a correr en busca del asesino?

—No me diga cómo he de llevar una investigación, Gruder —rezongó el antipático individuo—. Quiero saber exactamente qué hacía usted a la hora en que mataron a Slocum.

—Mire mi cama, míreme a mí y deduzca. ¿Qué obtiene en consecuencia?

—¡Maldita sea! —exclamó el alguacil rabiosamente—. Todo esto lo pudo preparar usted.

—¿Y asesinar a Slocum? ¿Por qué iba a hacerlo? Al contrario, Caddick; Slocum era para mí vivo un sujeto mucho más interesante que muerto. ¿Se imagina usted la cantidad de cosas que pudo haber dicho delante de un jurado?

Caddick enrojeció, acusando el golpe. Antes de que se enfriase, le asesté otro.

—Vaya y hable con Bonita Harvey. Cené en el hotel y me fui a tomar una copa a su bar. Charlé con ella durante unos minutos y luego me vine a acostar. Ella me vio cuando entraba aquí. Pregúntele, pregúntele.

El alguacil perdía pie, se veía claramente. Sin embargo, no quería rendirse.

—Habrá alguien, sin duda, que le vio entrar en el hotel después de regresar de casa de los Harvey.

—Pues no, no había nadie en el vestíbulo en aquellos momentos. Pero me parece que a pesar de todo, no encontrará motivos suficientes para incriminarme en un caso de asesinato. Tengo entendido —agregué maliciosamente—, que aprovechando una de mis ausencias, usted registró mi equipaje sin hallar rastro alguno de arma de fuego, ¿no es cierto?

Esto era verdad, ya que yo había encontrado indicios positivos de que alguien había manoseado mis cosas. La súbita rojez en las mejillas de Caddick me indicó que el tiro había dado en el blanco.

—Pudo traerla encima —dijo rencorosamente.

—¿Con ropas de verano? Vamos, se hubiera notado a la legua, Caddick. ¿Por qué está tan empeñado en acusarme? Usted sabe positivamente que yo no tenía el menor motivo para matar a Slocum, sino todo lo contrario. Vivo, me convenía mil veces más que muerto. Lo que pasa es que el que le pagó por falsear el testimonio, se dio cuenta de que yo podría apretarle las clavijas y arrancarle la verdad. Slocum cometió un patinazo terrible al aceptar como bueno lo del collar de cuentas negras y el hombre que le pagó se dio cuenta de que Slocum acabaría cediendo un día u otro. Solución: tres tiros en la cabeza y testigo silenciado. ¿Está claro?

Los dientes de Caddick rechinaron audiblemente.

—Iré a ver a Bonita Harvey y si me ha mentido, pobre de usted, Gruder.

—Alguacil, si de los dos hay uno que no está en situación de amenazar a la gente, ese es usted. Recuerde: hay «sheriff» de condado y policía del Estado. Si la ciudad se llena de tipos con placa y las cosas se remueven hasta el fondo, su cabeza va a volar más alta que si la metiesen en la cápsula de un cohete de los de Cabo Cañaveral.

Caddick tragó saliva. Estuvo mirándome fijamente durante unos segundos y luego, girando de modo brusco sobre sus talones, echó a correr.

Cerré la puerta, soltando una leve carcajada. Ahora iría a ver a su amo, a pedirle instrucciones. Mi posición era inatacable y más contando con el testimonio de Bonita. En tanto no me matasen o me atraparan de una forma más clara, no podían hacer nada contra mí. Y esto les ponía nerviosos, forzosamente.

Encendí un cigarrillo y lo fumé lentamente. Por supuesto, Slocum había muerto para no hablar. Claro que me imaginaba aproximadamente lo que podía haberme dicho, pero me hubiera gustado escucharlo con más detalle. Sin embargo, Sharrell no quería que Slocum repitiese sus testimonios ante un jurado. No hubiera constituido una prueba definitiva contra él, pero en modo alguno le hubiese ayudado. Confiaba en la preeminente posición de que gozaba en Blakeville, para mantener impunes sus fechorías, pero no se daba cuenta —o no quería dársela— de que los días de su imperio estaban inexorablemente contados.

Apagué el cigarrillo y apagué la luz. Luego me dispuse a dormir, pero no en mi cama.

CAPÍTULO XI

Sarah O'Moyne abrió la puerta de su dormitorio y oprimió el interruptor que había al lado de la jamba. La luz me despertó súbitamente, aunque no hice el menor movimiento por levantarme del sillón en que había estado durmiendo hasta entonces.

Sarah pasó por delante de mí. Vestía un traje oscuro, muy ajustado a sus estallantes formas. Su cabello estaba bastante revuelto y su paso no era todo lo firme que se pudiera desear. Caminó hacia un biombo que había al otro lado, justo frente al sillón que yo ocupaba y cuando iba a meterse detrás del mismo, al girar hacia su izquierda, me vio.

—¡Jeff! —exclamó atónita—. ¿Qué hace usted en mi cuarto?

—Esperarla a usted, Sarah —dije tranquilamente.

—¿Por qué aquí, precisamente? —Su tono era irritado; resultaba evidente que no le agradaba mi presencia en aquel lugar.

—¿Y en dónde quería que la esperase?

Apretó los labios. Sus ojos, verdes, profundos, daban una clara sensación de fatiga y estaban rodeados por sendos círculos violáceos. En aquel momento me pareció verla con diez años más encima.

—Está bien —dijo impaciente—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Un ligero cambio de impresiones, Sarah.

—¿Respecto a...?

—Tantas cosas —exclamé con acento de fingida resignación—. En primer lugar, ¿qué le ha dicho Bram Sharrell de mí?

—¿Y qué le hace pensar que yo haya visto a Sharrell en los últimos días? —exclamó, avanzando el busto, arrogante y pletórico, en actitud agresiva.

Señalé el papel que estaba caído al pie del lecho.

—Eso —dije simplemente.

Sarah miró la bola de papel y comprendió. Fue a agacharse para recogerlo, pero se arrepintió en el acto, lo cual no le impidió palidecer terriblemente.

—Lo leyó —dijo.

—Sí, claro.

—¿Por qué entró en mi dormitorio?

—Ocurrió anoche —le conté lo que me había sucedido—. Quería que usted dijera que me había visto entrar en el hotel antes de que matasen a Slocum. No pudo ser, claro.

—¿Supone que yo hubiese mentido por salvarle, Jeff?

—Creo que sí, Sarah —contesté—. Usted no es mala chica, en medio de todo. Un poco víctima de las circunstancias, un poco víctima

de su mala cabeza, pero no hubiera permitido que me achacasen una muerte que, evidentemente, no he cometido.

La joven acabó por sonreír de mala gana.

—Parece que usted conoce bien a las mujeres.

—Solo a algunas, Sarah —contesté.

Ella me miró durante unos instantes. Luego, remoloneando, se metió detrás del biombo.

—¿Qué quiere saber, Jeff?

—¿Ha dicho Sharrell algo de mí?

—Esta noche, no; por lo menos en mi presencia. Miré hacia la ventana. Ya empezaba a clarear.

—¿Y otras noches?

—Hacía casi dos semanas que no iba a «Los Sauces», Jeff.

Escuché el leve susurro de la ropa que se quitaba al caer a sus pies.

—Pero acude cuando él la llama.

Me miró por encima del biombo. Sus hombros, redondos, ebúrneos, eran claramente visibles, pero había en su mirada una oscuridad inescrutable.

—Tengo que hacerlo, Jeff.

—¿Por qué?

—No haga preguntas, Jeff —contestó con voz desprovista de entonación—. Hay cosas que no deben preguntársele a una dama.

—No las repetiré si usted me las cuenta, Sarah.

—Le he dicho que no le contestaré, Jeff —se puso una bata y salió, añudándose los cordones de la misma. Recogió el papel, lo colocó sobre un cenicero y me pidió las cerillas. La nota de Sharrell se consumió en pocos instantes.

Se sentó ante su tocador, dándome la espalda, pero frente al espejo, y empezó a cepillarse los cabellos.

—Bueno, ¿no se va, Jeff?

—Todavía no, Sarah.

—Ya le he dicho lo que tenía que decirle.

—Trato de hacerla recapacitar, Sarah.

—¿Acerca de qué?

—Del asesinato de Mary Pine.

Suspendió el cepillado de sus cabellos y me miró a través del espejo.

—Mary Pine se marchó de Blakeville.

—Murió en «Los Sauces». ¿Quién la mató? ¿Bram Sharrell? ¿Louis? ¿Rhett? ¿O los tres a la vez?

Giró de pronto en el taburete y se me enfrentó con ojos llameantes. La bata se le abrió hasta la cintura, dejando al descubierto sus encantos, pero ella no reparó en el detalle. Tenía los ojos ardiendo.

—No quiero saber nada que se refiera a Mary Pine, Jeff, no vuelva a hacerme más preguntas sobre el particular. Márchese de mi habitación

inmediatamente y recuerde que el autobús de la «Greyhound» pasa a las once de la mañana.

Me puse en pie lentamente.

—Es una lástima, Sarah. Está comprometiéndose gravemente al ocultar un asesinato. Comprendo ciertas actitudes y me doy cuenta de que, muy posiblemente, Bram Sharrell ejerce un poderoso influjo sobre usted, del cual no se puede sustraer. Esto no tendría mayor importancia si no hubiese por medio unos cuantos asesinatos. El día en que se practique una investigación a fondo por gente que no esté comprada como Caddick, caerán muchas cabezas. Es una lástima que la suya vaya también a parar al cesto, Sarah O'Moyne.

Los labios de la joven temblaron. Pero no contestó ni una sola palabra a la dura requisitoria que acababa de dirigirle. En el más completo silencio, abandoné la habitación.

Horas más tarde, estaba aguardando la llegada del autobús de la «Greyhound», la compañía que tiene un galgo como emblema en sus vehículos. Cuando llegó el autobús, subí al mismo y me encaré con el chófer.

—Quiero pedirle un favor, amigo —dije, enseñando como credenciales dos billetes de a cinco dólares.

—O.K. ¿De qué se trata, hermano?

—Hace alrededor de cuatro semanas y media, aproximadamente, uno de sus compañeros recibió una carta que le entregó una joven para que la echase en el buzón más próximo —dije—. El hecho debió extrañarle, habiendo aquí oficina de correos, y por ello recordará seguramente a la joven. Era esta de unos veinticinco años, alta y fina, rubia, y seguramente, debía estar muy nerviosa en el momento de entregar la carta. ¿Comprende lo que quiero decirle?

—Desde luego. Preguntaré a todos mis compañeros.

—¿Cuándo vuelve a pasar usted por aquí?

—Dentro de tres días justos. Espéreme y le daré la respuesta.

—Gracias, hermano —dije con una sonrisa—. Yo también le estaré esperando con otros diez pavos.

Bajé del autobús, el cual arrancó más tarde. Caddick me observaba disimuladamente desde unos metros de distancia, pero no se atrevió a dirigirme la palabra.

De la parada del autobús me encaminé a la oficina de correos, en donde me atendió una mujer de mediana edad y rostro triste. Le pedí un impreso de telegrama y después de haberlo llenado, comenté:

—No sabía que esta oficina estuviese regentada por una mujer.

—Acostumbro a sustituir a mí marido en sus ausencias.

—Ah, de modo que usted es la señora Murchison.

—Sí, señor.

Tomó el telegrama, lo leyó en silencio y luego me dijo su importe.

Le entregué el dinero y al recibir el cambio, inquirí:

—¿Sabe si su esposo tardará mucho en volver?

—No lo sé —su tono era de tristeza infinita—. Se marchó sin decirme nada y no ha vuelto. Quizá no vuelva ya nunca más. Estaba hastiado de Blakeville y habrá estallado de una vez, eso es todo, señor.

—Lo siento de veras —murmuré.

Estuve luego un buen rato espiando la puerta de la oficina, pero la señora Murchison no salió de ella, lo cual me dijo que el trapacero era su marido. Ella debía hallarse en la ignorancia respecto de las triquiñuelas que realizaba su esposo por encargo de Sharrell.

Aunque ya era un poco tarde, juzgué oportuno darme una vuelta por «Los Sauces» a fin de no hacerme sospechoso. Para mí decepción solo pude ver a los dos hermanos; el dueño de la mansión y Carol debían hallarse trabajando en el estudio y no aparecieron en todo el tiempo que permanecí en la biblioteca.

Al atardecer regresé a la ciudad y entré en el hotel. Sarah estaba tras el mostrador de recepción y me entregó la llave del cuarto en silencio. El resto del día transcurrió sin novedad.

A la mañana siguiente, a las nueve de la mañana, me hallaba ya trabajando en la biblioteca de «Los Sauces». Louis se asomó una vez, pero no me dirigió la palabra. El cabezón debía hallarse por alguna parte con sus perros.

Llevaba ya varias horas trabajando cuando se abrió la puerta de la biblioteca y entró Carol. Me puse en pie al verla.

Nos estrechamos las manos con efusión. Ella vestía una linda blusa sin mangas y pantalones, muy ajustados a sus caderas, delgadas pero esbeltas. Con el cabello castaño atado a la nuca por una cinta azul, componía una imagen encantadora.

—¿Cómo van sus investigaciones? —preguntó, tras los primeros saludos.

—Bastante bien, pero me falta lo más importante, usted lo sabe.

—Sí —Carol asintió sumamente pensativa—. No he podido hallar el menor rastro del equipaje de Mary Pine.

—Habrá ido a parar al fondo de una charca, como usted sugirió anteayer.

—De todas formas, sería una evidencia pero no una prueba, Jeff.

—Es cierto —concordé. Moví la cabeza pesarosamente—. Mi problema encierra bastantes dificultades, ¿no cree?

—Si consiguiésemos hacer hablar a alguno de los hijos... —murmuró.

—No dirán una sola palabra, Carol. En lo que se refiere a Mary, mantienen un silencio obstinado. El viejo fue el único que admitió algo respecto al asunto.

—¿Qué le dijo, Jeff? —inquirió Carol, súbitamente interesada.

—Sencillamente, que aunque él hubiese sido el asesino, no se lo podrían demostrar jamás, porque las posibilidades de hallar el cadáver eran absolutamente nulas.

—Luego él la mató.

Hice un gesto vago.

—Oh, ¿y quién lo asegura? También pudo ser Louis o Rhett y, en todo caso, él protege al hijo que cometió una muerte. No podemos señalar rotundamente con el dedo a uno de los tres, sino solamente suponer con bastantes visos de certidumbre que Mary fue asesinada en «Los Sauces».

Carol me miró amistosamente.

—Si pudiese hacer algo por usted, Jeff...

Le di un par de palmaditas en el hombro.

—Ya ha hecho bastante, Carol. Ahora debe mirar por sí misma y... ¿Cómo se le ocurrió aceptar este empleo? —pregunté de pronto.

—Bueno —dijo, sonrojándose—, tengo mucha afición a la escultura, pero estaba sin un centavo. Leí el anuncio y la oferta me tentó. Eso es todo, Jeff.

Hice un gesto pensativo.

—Me pregunto quién ayudaría a Sharrell antes de Mary.

—Tenía a una mujer, ya de edad, pero murió y por ello publicó el anuncio en los periódicos.

—Y entonces fue cuando Mary descubrió lo espantoso de que me hablaba en su última carta —murmuré. Le conté mi gestión con el conductor de autobús y añadí—: Pasado mañana tendré la respuesta.

—¿Qué hará si comprueba que Mary dio esa carta al conductor del autobús sabiendo que las otras le eran leídas aquí?

—No lo sé. Tendré que pensarlo cuando llegue el momento oportuno, Carol.

Ella oprimió mi mano con gesto afectuoso.

—Ojalá consiga sus deseos, Jeff.

—Gracias, Carol.

El resto del día y el siguiente transcurrieron sin alternativas apreciables. Vi a Bonita y comprobé que Caddick la había interrogado. Ella le había contestado de acuerdo con mis indicaciones, con lo que el alguacil había debido enfocar sus pesquisas hacia un punto distinto. De bastante mala gana, según añadió Bonita.

A los tres días volví a esperar el autobús, que venía conducido por el mismo conductor. Subí al vehículo con los diez dólares en la mano.

—La carta fue recogida por mí compañero, el número 187, Frank Kowalski —expresó el hombre—. Oiga —añadió—, si se trata de algo sucio, Frank está dispuesto a declararlo en donde sea.

Saqué otros dos billetes.

—Gracias, amigo. Déselos a Frank de mi parte —contesté. Ahora

disponía de una base cierta, muy pequeña, terriblemente diminuta; pero no se trataba ya de una suposición, sino de un hecho incontrovertible.

CAPÍTULO XII

Entré en el estudio y dije:

—Señor Sharrell, quiero hablar con usted.

Carol estaba en pie junto a él. Se volvió y me miró largamente. Por el gesto de su cara me di cuenta de que adivinaba que yo había realizado un progreso satisfactorio.

—Les dejo solos —manifestó sosegadamente.

Sin volver la cara, Sharrell, que estaba de espaldas a la entrada, alzó el muñón derecho, en el cual se veía una espátula.

—No, no se vaya usted, Carol. Soy un hombre diáfano, sencillo, que no teme a nada ni a nadie. De este modo, podrá escuchar mi defensa ante las imputaciones de un sujeto que quiere achacarme el asesinato de su predecesora en el empleo.

Carol clavó sus ojos en los míos, pero no dijo nada. Avancé un par de pasos.

—Señor Sharrell, poseo algunas evidencias de que, efectivamente, Mary Pine murió asesinada aquí.

—Oh, ¿de verdad?

—Sí.

—Bien, exponga sus evidencias. Gruder.

—Murchison, el empleado de correos, le traía a usted todas las cartas que ella me escribía para que usted las leyese. Les dio paso a todas, porque no le comprometían a usted. Pero cuando ella se dio cuenta de que sus cartas eran leídas subrepticiamente, se las arregló para enviarme una sin censurar. Poseo un testimonio concluyente, definitivo: el del conductor número 187, de la Compañía «Greyhound», Frank Kowalski, a quién Mary le entregó una carta dirigida a mí personalmente.

Vi la contracción que se producía en los poderosos músculos de la espalda de Sharrell al recibir la noticia. Era evidente que esto no se lo había esperado en modo alguno.

—Lo cual no significa nada en contra mía —dijo con voz tranquila —. Si quiso que el tal Kowalski le echase su carta en Folkston o en otro punto, libre era de hacerlo.

—Es que, verá —contesté lentamente—, esa carta está en mí poder. Mary decía en ella que había descubierto algo terrible, espantoso, aquí en «Los Sauces» y que no podía darme más detalles hasta que me viese en persona. ¿Qué es eso espantoso a lo que se refería Mary?

—¿La cabeza de mi hijo Rhett? —exclamó el formidable viejo con sangrienta ironía.

—No; y usted lo sabe muy bien, Sharrell —Mary me había dicho algo más en la carta, pero por el momento, no me convenía revelar todo su contenido—. ¿Quiere que le diga más cosas?

Sharrell levantó la vista hacia Carol y la miró cínicamente.

—La relación de nuestro escritor se pone terriblemente atractiva, ¿no es cierto, Carol?

La muchacha no se atrevió a contestar. Estaba rígida, inmóvil, con el rostro tan blanco como la bata que vestía.

—Murchison fue asesinado, Sharrell —continué—. Ustedes quisieron achacarme el crimen, pero pude evitarlo. Murchison le trajo a usted la copia de un telegrama que yo envié a un amigo de Nueva York, ¿no es cierto?

—Entre paréntesis, el telegrama fue cursado, Gruder. No habiendo rapto, el FBI no tiene autoridad para intervenir —dijo Sharrell sin dejar de manejar la espátula.

—Bien, es cierto. Pero sigamos con Murchison. Me supongo que este se asustó y debió hablar de «cantar» claro si las cosas se ponían feas. En cuanto se averiguase que él había cometido infidelidad y violación de correspondencia, iría a parar algunos años a la cárcel. Era un elemento débil, sometido a su influencia, pero como todos los complicados en el asunto, sabía que Mary Pine había desaparecido. Intuía un asesinato, aunque no debía saber sino que Mary, como digo, no aparecía por parte alguna. Un crimen era más de lo que él podía resistir... Y ustedes, que se dieron cuenta de que Murchison era un eslabón débil, lo eliminaron en la forma que no es necesario relatar.

Sharrell soltó una homérica carcajada.

—Y usted arrojó su cuerpo a una ciénaga, ¿eh?

—Caddick venía detrás. Me hubiese achacado el crimen, indudablemente. No me convenía ser hallado al lado del cadáver de Murchison.

—Bueno, otra muerte sin cadáver. Como no hay cuerpo del delito, los Sharrell tan campantes. ¿Algo más, Gruder?



—Si me matan le freirán a usted...

—Sí, me refiero a Slocum, el hombre a quién compraron para que declarase que había visto subir a Mary al autobús. Pero le hice caer en una trampa, delante del propio Caddick, y ustedes se vieron con otro de sus flancos al descubierto. Solución: el asesinato. Sharrell, usted es infernalmente astuto. Adivinó que yo iría a visitar a Slocum para apretarle las clavijas... ¿A cuál de sus dos hijos envió para que cometiera el crimen?

Hubo una tensa pausa de silencio. Antes de que Sharrell pudiera

contestarme, se oyó en la parte exterior el ruido de un automóvil.

—Mire a ver quién viene, Carol —dijo el dueño de la casa.

—Es Caddick —contestó la muchacha después de la oportuna observación a través de una ventana.

—¿Qué querrá ahora ese pájaro de mal agüero? —refunfuñó el viejo.

Caddick irrumpió con violencia en el estudio.

—¡Señor Sharrell! —exclamó. De pronto me vio y se detuvo en seco —. ¡Usted aquí!

—Eso parece —contesté tranquilamente.

Caddick señaló con el pulgar hacia la puerta.

—¡Largo, imbécil!

—¡Quieto! —tronó el viejo.

Sharrell se puso en pie lentamente, desplegando su imponente corpachón. Extendió los muñones y dijo:

—Quíteme las espátulas, Carol.

La muchacha obedeció, retirándose aprensivamente a un lado. Los ojos de Sharrell despedían fuego.

—En mi casa no admito que nadie dé órdenes, ¿entendido, Cad?

El alguacil pareció encogerse.

—Yo solo trataba de ayudarle, señor Sharrell. Este entrometido...

—El señor Gruder es mi huésped y no hay quien se atreva a echarle fuera de la casa sin mi permiso, Cad, conviene que lo sepas de una vez.

—Parece que el alguacil solo trataba de decirle algo reservadamente —dije con acento amable—. Me iré afuera, aunque ya me supongo qué es lo que va a contarle.

Caddick me miró rencorosamente.

—Nada me agradaría más que poder pegarle cuatro tiros, Gruder — barbotó exaltadamente.

—Te abstendrás muy bien de tocarle un solo cabello, Cad —bramó Sharrell—. No tengo manos, pero si hicieses tal cosa, te aplastaría como a un insecto.

Por primera vez vi a Caddick rebelarse contra la formidable autoridad del viejo.

—Muy bien —estalló—. Entonces, deje que le cuelguen. Este maldito metomentodo ha avisado a la policía del estado. ¿Qué diablos se imagina que va a suceder aquí?

—Nada —contestó el viejo extrañamente sereno—, nada, porque aunque revuelvan la finca de arriba abajo, aunque escarben en los cimientos de la casa, no encontrarán la menor prueba de los crímenes —supuestos, desde luego—, que se dice han sido cometidos en «Los Sauces» —me miró en actitud retadora—. ¿No es eso, amigo Gruder?

—A menos que me mate, acabaré descubriendo el cadáver de Mary Pine —repliqué obstinadamente.

Sharrell movió uno de sus muñones.

—Carol, por favor, creo que todos necesitamos un trago. ¿Tiene la amabilidad de prepararlo?

—Sí, señor.

Carol dispuso todo lo necesario, en medio de un completo silencio. Bebimos sin despegar los labios y al terminar, anuncié mis propósitos de marcharme.

—¿De Blakeville? —inquirió el dueño de la mansión.

—No, todavía no —contesté—. Todavía no he terminado.

—Veo que su labor investigadora piensa prolongarse más tiempo del calculado. ¿Hay mucho material en mi biblioteca para su libro, Gruder?

—No me refería al libro, precisamente —contesté en tono seco. Miré a Carol, pero no la dije nada personal—. Adiós a todos.

Caddick contestó con un bufido de desdén. Yo me dirigí hacia la salida, algo intranquilo con respecto a Carol, pero pensando al mismo tiempo que esta vez no se atreverían a hacer nada contra ella.

Abrí la puerta, crucé el umbral y apenas había dado dos pasos sentí algo duro que se me clavaba en los riñones.

—No mueva una sola pestaña o le abraso, Gruder.

Alcé las manos de inmediato. El tono de la voz era harto intimidatorio para no obedecer sin tardanza.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Louis? ¿Rhett?

—Eso no importa ahora —contestó el otro con voz sibilante—. Lo único que interesa es lo que voy a hacer con usted.

—¿Puedo saberlo? —pregunté, fingiendo naturalidad.

—Sí —los dientes del sujeto rechinaron—. Voy a llevarle lejos de la casa, le pegaré dos tiros y luego arrojaré su cuerpo a una charca. ¿Está claro?

Traté de dominar el temblor de mis miembros.

—Con ello no adelantará nada, Louis —dije. Ya sabía que era el grandullón de los dos hermanos.

—¿De veras? Mire, nos habremos quitado de en medio a un fisgón. ¿Le parece eso poco adelanto?

—Bueno, según se mire...

—¡Basta ya! —tronó el sujeto, empujándome con la pistola—. Camine...

La puerta del estudio se abrió inesperadamente en aquel momento y Carol apareció bajo el umbral. Al verme en aquella situación, lanzó un agudo grito.

Louis soltó un bramido de rabia.

—¡Maldita!

Levantó el arma y quiso disparar contra Carol. Yo me había vuelto ya y le pegué un fuerte golpe en el brazo, levantándoselo en el preciso

instante en que salía el tiro, cuyo proyectil se incrustó en el techo.

Bram Sharrell y el alguacil salieron del estudio y se abalanzaron sobre Louis, quien parecía haberse vuelto loco, tal era la excitación que le poseía.

—¡Dejadme! —chillaba—. ¡Dejadme que lo mate! ¡Ese bastardo, hijo de perra! ¡Tengo que matarlo...!

—¡Suelta el revólver, Louis! —gritó su padre—. ¡Suéltalo, te digo!

Pero el muchacho parecía haber duplicado sus fuerzas y se resistía tenazmente a ser desarmado. Caddick le había agarrado por la muñeca y forcejeaba para quitarle la pistola. Los tres hombres componían un formidable revoltijo de piernas, brazos y bocas aullantes. De súbito estalló una detonación.

Sonó un lamentoso quejido. Caddick se separó dos pasos y miró a Louis con turbia expresión. El revólver cayó al suelo.

Louis bajó la vista y se contempló la mancha de sangre que se extendía rápidamente por la pechera de su camisa. De pronto cayó de rodillas y empezó a sollozar.

—¡Papá, papá! —llamaba lastimeramente—. ¡No quiero morir, no quiero morir!

—¡Ha sido un accidente! —chilló Caddick histéricamente—. La pistola se disparó sola...

—Cállese —tronó el anciano, dejándose caer de rodillas al lado de su hijo. Actuando con los muñones desnudos, le cogió la cabeza y la apoyó en su pecho—. Louis, Louis —llamó tiernamente, con una dulzura absolutamente insospechada en un sujeto de aquel calibre.

La mancha de sangre se hacía más grande por momentos. Louis abrió los ojos.

—¡Papá, yo no quería...! ¡Te juro que fue sin querer...!

De pronto, su cuerpo sufrió un horrible estremecimiento. Los ojos giraron en las órbitas un par de veces y luego todo el cuerpo se relajó. Louis dejó escapar un profundo suspiro y murió.

El silencio se hizo absoluto durante unos instantes. De pronto sonaron unos pasos. Rhett apareció bajo el dintel de la puerta. Sus pupilas captaron al instante el significado del cuadro.

Lentamente, caminó hasta situarse al lado del muerto y se arrodilló a su lado. Empezó a acariciarle la cara con mucha suavidad, silenciosamente, sin pronunciar una sola palabra.

CAPÍTULO XIII

Louis fue a la tumba muy bien acompañado; casi puede decirse que la totalidad de la población de Blakeville, blancos y negros, aunque, como es lógico, cuidadosamente separados, asistió al fúnebre acto.

El viejo león presidió la ceremonia. Rígido, inmóvil, no dejó transparentar un solo instante la pena que le embargaba. Resultaba terriblemente patético verle allí, con las mangas de la chaqueta vacías, con un traje blanco por completo, al aire las largas melenas blancas y una corbata negra como única nota de color. Rhett estaba a su lado, vestido de la misma manera, igualmente sombrío y silencioso.

Un coro de negros entonó el Salmo Veintidós. Al terminar, empezaron a caer las primeras paletadas de tierra sobre el féretro.

Estuve en el cementerio hasta que los sepultureros colocaron la lápida. En ella se habían grabado unas cuantas letras y una inscripción en apariencia incongruente, pero muy en consonancia con el carácter de los Sharrell.

LOUIS GERARD SHARRELL
1936-1962
¡NO VUELVAS NUNCA LA CABEZA!

Por supuesto, la muerte del muchacho había sido dictaminada como accidental ante el juez y el jurado encargado de realizar la encuesta. Nuestras declaraciones, es decir las de los dos Sharrell y Caddick, además de la de Carol y la mía habían coincidido: Louis había muerto al dispárarsele la pistola que estaba limpiando. Y yo no sentía particular interés en remover una cosa que no me iba a beneficiar en absoluto. Por otra parte, nada más cierto que el disparo fue accidental, bien que no hubiese sido limpiando precisamente la pistola. Pero ¿por qué acusar a un muerto que ya no podía defenderse de un intento de homicidio? Aparte, naturalmente, de que Sharrell y Caddick lo hubieran negado de modo rotundo.

Regresé al hotel y me encerré en mi habitación en compañía de una botella de licor, otra de soda y un cubo con bloques de hielo. Por centésima vez saqué la última carta de Mary y releí su contenido.

Había en ella un párrafo que me intrigó notablemente. Nunca había reparado en él, pero ahora, después de lo ocurrido, aquel fragmento de la carta llamaba poderosamente mi atención.

«...si pudiera trasladar al papel todo cuanto averigüé, te

horrorizarías, Jeff. Pero temo...»

Trasladar al papel, murmuré. ¿Y por qué no? Claro que no era preciso que yo hubiese recibido sus últimas confidencias escritas. Mary debía saber que no siempre iba a poder ir en busca de un Kowalski complaciente. ¿No se le habría ocurrido escribir un relato circunstanciado de todo cuanto había presenciado en «Los Sauces» y dejarlo en alguna parte como prueba incriminatoria para alguien por si le sucedía algún «accidente»? Pero, entonces, ¿dónde estaba ese escrito?

Con su equipaje, resolví, a menos, claro estaba, que lo hubiesen registrado minuciosamente después de su muerte. Traté de imaginarme la escena sucedida después del asesinato de Mary. «Deshaceos de su equipaje», habría ordenado el viejo león a sus hijos acto seguido. Y uno de ellos, Louis casi seguro, habría lanzado el neceser y el maletín a una charca. ¿A cuál de las numerosas que tanto proliferaban en torno a la mansión? A la más cercana, sin duda. En esos momentos no se piensa demasiado; lo interesante es hacer desaparecer todo rastro del crimen. Veía a Louis con los ojos de la imaginación subiendo apresuradamente al dormitorio de Mary, arrojando todos sus ropajes en el maletín y en el neceser los objetos de tocador y saliendo luego a todo correr de la casa en dirección a...

Chasqueé los dedos. ¡Claro! No podían estar ambos objetos más que en un sitio: en la charca de la estatua. Era la más próxima, la más visible y ¿quién diablos iba a pensar en buscar nada en el fondo de las pútridas aguas? Nadie, claro, salvo Jeff Gruder.

Esperé a que se hiciera de noche. A las diez y media tomé el automóvil y salí de la ciudad en dirección oeste. Una vez fuera del casco urbano, alcancé la carretera del estado, pero en lugar de continuar hacia Folkston, como todo hacía sugerir a quién me hubiese estado espiando, doblé en dirección diametralmente opuesta. Un cuarto de hora más tarde metía el coche por el camino que conducía a «Los Sauces».

A media milla de distancia paré el motor. Había una luna clara, pero en la parte del bosque la oscuridad era impenetrable. No obstante, caminé por la linde de la carretera hasta avistar la mansión, en la cual solo se divisaban dos o tres ventanas iluminadas en el primer piso. Las luces de la planta estaban totalmente apagadas.

Llegué al pie de la loma donde se asentaba el edificio. La estatua resplandecía al recibir de lleno los rayos lunares. Ciertamente, Sharrell podía sentirse orgulloso de su obra. Caminé buscando las zonas más oscuras, hasta llegar al esponjoso borde de la charca, situándome en un punto que dejaba el caminito entre la estatua y yo.

Empecé a desnudarme, mientras trataba de pensar en lo que habría hecho Louis. Con toda seguridad, habría bajado de la casa a todo correr, con el neceser en una mano y el maletín en la otra; luego,

deteniéndose al borde de la charca, habría lanzado ambos objetos al agua, uno tras otro. Por supuesto, debió hacerlo de noche; a pesar de todo y de la fidelidad de los sirvientes negros, cuantos menos supieran la cosa, tanto mejor.

Dejé las ropas en el suelo, quedándome solo con un corto «slip» de baño. Cautelosamente, fui caminando hasta poner los pies en el agua. El viscoso contacto del líquido corrompido me inspiró una viva repulsión, pero supe dominarla y seguir adelante. El suelo era muy blando, resbaladizo, compuesto por un fango que debía ser negruzco a la luz del día y el olor no podía ser más repugnante, pero era preciso seguir hasta el fin. Al notar que el agua me llegaba a la cintura, hice una profunda aspiración y me sumergí en el líquido.

Empecé a bucear, tanteando el fondo con las manos. Era preciso obrar a ciegas; no tenía tiempo de procurarme una linterna submarina y unas gafas. En Blakeville no las había y aunque las hubiese podido adquirir, me habrían hecho sospechoso en el acto.

Saqué la cabeza y tomé aire. Nuevamente volví a zambullirme, tanteando con las manos el fondo en los lugares en que creía podían haber caído los dos bultos del equipaje. Necesité tres zambullidas más antes de topar con un objeto duro que, a la luz de la luna, resultó ser el maletín de piel de cocodrilo.

Lo llevé a la orilla y continué mi buceo infatigablemente. Casi una hora más tarde hallé el neceser. Louis había tenido buen brazo y el objeto estaba más lejos de lo que yo había supuesto.

Al terminar, me dejé caer sobre la orilla y descansé un rato. La noche era calurosa y en pocos momentos estuve seco, aunque no limpio. Me vestí, arrojé los dos maletines a la parte posterior del coche y regresé a la ciudad.

Cuando llegué al hotel eran ya las tres de la madrugada. Lo primero que hice fue cambiarme de ropa y darme un buen baño, a fin de quitar de mi cuerpo todo rastro de légamo, así como el espantoso hedor que se había adherido a mí epidermis. Lo malo era que el olor continuaba en el maletín y el neceser.

Al terminar me enfrenté con ambos objetos. ¿Habría dejado Mary alguna nota escrita que me permitiese esclarecer totalmente aquel terrible enigma?

Lleno de emoción abrí el maletín y empecé a sacar cosas de su interior. Las ropas estaban completamente empapadas y al cabo de un mes largo de sumersión en el líquido, hedían abominablemente. Fui llevándolas a la bañera, que había llenado de agua previamente, después de registrar minuciosamente cada prenda. En el maletín no hallé nada que pudiera corroborar mis hipótesis. Empecé a revisar el neceser.

Al terminar, me quedé confundido. El neceser no tenía nada. Me senté al borde del lecho y encendí un cigarrillo. ¿Había fracasado? ¿No

había escrito Mary nada que pudiera servir de acusación contra los Sharrell?

Estuve fumando el cigarrillo, hasta que se me ocurrió una idea. Saqué un cortaplumas y empecé a rasgar los forros interiores de ambos maletines. Mi idea dio brillantes frutos. En el neceser encontré una bolsita de plástico, de las que se usan para guardar inedias, con unos papeles escritos en su interior.

Extraje los papeles temblando de emoción. Durante unos momentos permanecí inmóvil, sin atreverme a penetrar en el interior de aquel sobre de plástico. Presentía una terrible revelación y no me resolvía a conocerla. Antes de hacer nada, tuve que arrimarme a los labios el gollete de la botella. Finalmente, abrí la bolsita y saqué los papeles.

El forro del neceser, que había sido pegado cuidadosamente, y el plástico, habían protegido los documentos del agua casi por completo. Parecía como si la pobre Mary hubiese intuido lo que iba a suceder. Así, pues, lo que había allí escrito podía leerse con casi absoluta claridad, aunque había frases borradas o medio borradas que, sin embargo, en nada alteraban la sustancia del relato.

CAPÍTULO XIV

La narración comenzaba con unas manifestaciones de Mary, en las cuales decía que cuanto había escuchado había sido de una manera totalmente casual e involuntaria; que no había estado en su ánimo espiar los actos de los habitantes de «Los Sauces», pero que, habiendo escuchado cierta conversación y sabiendo que sus cartas eran leídas, quería dejar escrito un circunstanciado relato de todo lo oído, por si le sucedía algo irreparable, ya que temía por su vida después de cuanto había podido averiguar.

Después de unas cuantas precisiones más sobre la forma en que había oído el diálogo, lo había trasladado al papel y decía:

«Juro por Dios que cuanto escuché aquella noche fue, casi textualmente, lo siguiente:

Bram Sharrell. —Estoy cansándome ya de ti, Sarah.

Sarah O'Moyne. —Claro, por supuesto; sobre todo, después de que esa mosquita muerta ha aparecido por «Los Sauces», ¿no es eso?

B. S. —Deja en paz a la señorita Pine; ella no tiene nada que ver en este asunto.

S. *O'M.* —¿No, eh? ¿Te figuras acaso que soy sorda y ciega? Pues tengo dos ojos y dos oídos, para que lo sepas, y lo que escuché el otro día...

B. S. —¡Cállate, maldita! ¡La señorita Pine es una dama de cuerpo entero, cosa que tú no puedes decir! ¡No la insultes, Sarah, no la insultes o tendrás que lamentarlo!

S. *O'M.* —¿Piensas acaso que me asustas, viejo? Escucha, ya estoy cansándome de ser un juguete para ti y tus puercos caprichos desde hace más de diez años. Estoy resuelta a acabar de una vez con esta situación. O te casas conmigo o...

B. S. —¿O qué, Sarah?

S. *O'M.* —Por favor, Bram, han pasado ya seis años desde lo del pobre Ben; creo que es hora ya de que regularicemos lo nuestro...

B. S. —Espera un poco, Sarah.

S. *O'M.* —Esperar, esperar. ¡Siempre esperar! ¿Es que no sabes decir otra cosa, Bram?

(Silencio).

S. O'M. —Pero ya sé lo que te sucede, Bram; sencillamente,

te has enamorado como un colegial de Mary Pine, de la dulce y hermosa Mary Pine. ¿No es eso cierto?

B. S. —¡Cállate, maldita! No vuelvas a mencionar jamás a esa muchacha, ¿me entiendes? Ella es una dama, ya te lo he dicho.

S. *O'M.* —Y, claro, sería la castellana ideal de «Los Sauces», ¿no es eso lo que buscas, viejo inútil?

B. S. —Estoy cansándome ya de ti, Sarah. Vete, vete y déjame en paz de una vez. Sí, es probable que proponga a Mary que se convierta en mi esposa. Ella luciría en mi mansión mil veces más que tú. Sabría ser la anfitriona adecuada y daría a «Los Sauces» un esplendor ya perdido, cosa que tú no sabrías hacer por muchos años que pasaran.

S. *O'M.* —Muy bien, muy bien, cásate con ella si es tu gusto... y te acepta. Pero puedes estar seguro que tendrás la policía esperándote a la salida de la iglesia. Entonces te preguntarán por qué hiciste figurar la muerte de Ben como un accidente. Claro (*Nota de Mary: Sarah reía histéricamente)*, el impacto de un garrotazo en la nuca se confunde magníficamente con el golpe que se recibe al caer de espaldas en la escalera y romperse la cabeza contra el canto de un peldaño. Sobre todo, si se cuenta con la complacencia de un médico venal como el doctor Lance, el cual, años después, muere en un incendio «casual» provocado por él mismo en una borrachera también «casual». ¿Te pedía mucho dinero por callar, Bram?»

La relación del diálogo se interrumpía aquí. Mary añadía que ya no había querido escuchar más, temerosa de ser sorprendida y que se había retirado a su habitación para meditar sobre lo que acababa de escuchar. Después lo había trasladado al papel, guardándolo en el sitio en que yo lo había encontrado. Añadía que no pensaba utilizar sus conocimientos para iniciar una acción contra Sharrell, excepto en el caso que este o alguno de sus hijos intentasen algo contra ella.

Sí, claro, me dije; si Bram Sharrell se había enamorado de ella no le hubiera causado el menor mal... a menos que hubiese actuado por despecho, cosa que también entraba dentro de lo posible. Mary no indicaba si el viejo la había requerido formalmente a convertirse en su esposa, de modo que no podía saber nada de este detalle por la relación escrita. Tendría que preguntárselo al propio Sharrell... y obligarle a que me dijera dónde estaba el cadáver de la pobre Mary.

De modo que Bram Sharrell había matado al esposo de Sarah. Y luego al doctor Lance cuando este amenazó con hablar sí, por lo visto, no le daban el dinero que apetecía. ¡Bonita pareja de asesinatos! Sin embargo, el testimonio escrito de Mary no era prueba convincente para un jurado. Un defensor hábil diría que muy bien podía tratarse de una

invención suya, trasladada al papel por despecho hacia Sharrell o alguna razón parecida. No era una declaración «in articulo mortis» ante testigos, sino una declaración escrita por una persona que temía algo, pero que no tenía, en aquellos momentos, la seguridad plena de que iba a morir, y cuya declaración, además, no había sido corroborada por otro testigo. Esto era lo que hubiese alegado el defensor en el juicio... Pero luego faltaba la parte del fiscal, ordenando una investigación a fondo sobre las dos muertes mencionadas. Algo se lograría, aunque no mucho; el único que hubiese podido arrojar algo de luz era el doctor Lance y este había muerto hacía ya más de un año. Sharrell lo negaría; Sarah, por temor o conveniencia, negaría también haber pronunciado aquellas imprudentes frases... y todo quedaría como hasta ahora.

Solo había una solución: hallar el cadáver de Mary y con esta prueba en las manos, incriminar a Sharrell. Mientras no lo encontrase, Sharrell se burlaría impunemente de nosotros.

Era ya de día cuando terminé la lectura. Toqué el timbre y acudió Alma.

—Café, mucho café —dije.

—Sí, «señó».

—Ah, otra cosa; ¿está tu ama levantada?

—No, «seño». ¿Quiere que la «yame»?

—Déjalo; ya la veré yo más tarde, Alma. Anda, súbeme pronto el café.

Estuve todavía un buen rato en mi habitación, hasta que se hicieron las ocho de la mañana, aproximadamente. Entonces, guardando los documentos en el interior de mi chaqueta, bajé al vestíbulo.

Tomé el teléfono e hice una llamada. Apenas había terminado de colgar, apareció Sarah.

—Alma me dijo que usted quería verme, Jeff —manifestó.

—Es cierto —contesté.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —Su voz era tensa, dura, casi metálica.

—Simplemente, que me diga dónde está enterrada Mary Pine.

Levanté la mano.

—No se moleste, Sarah; conozco la cantinela. Pero no intente engañarme; esta vez la cosa va de veras.

—Está equivocado, Jeff.

—¿Lo cree así? Escúcheme bien, Sarah. Mary Pine murió porque se había enterado de que Sharrell había matado a Ben O'Moyne de un garrotazo en la nuca. Usted era su esposa y calló. ¿Por qué?

El color huyó de los labios de Sarah.

—No es verdad —dijo, pero su voz carecía de convicción.

—Está mintiendo, Sarah. Y además, lo hace muy mal. Poseo una declaración escrita por Mary Pine días antes de su muerte, en la cual

relata cierta conversación sostenida entre Bram Sharrell y usted que ella escuchó por pura casualidad. Esos papeles fueron a parar, con el resto de su equipaje, a la charca de la estatua. Si no me cree, suba a mí habitación; verá en ella el equipaje de Mary Pine, que yo he encontrado esta noche en la charca. Mi dormitorio apesta, se lo aseguro.

Sarah no tenía fuerzas para hablar. Aprovechándome de su terror, saqué los papeles y le leí la relación escrita por Mary, punto por punto. Al terminar, creí que la joven se iba a desmayar.

Miré a Sarah con rostro duro.

—Y ahora dígame, ¿por qué calló tanto tiempo?

Se tapó los ojos con las manos y rompió a llorar convulsivamente. Hube de esperar a que Sarah se hubiese calmado un tanto. Le di un pañuelo y se limpió los ojos, en medio de un abundante coro de suspiros.

—Sí, es cierto… —dijo con voz débil—. Bram mató a mí esposo.

—¿Y usted calló?

—¿Qué quería que hiciese? —exclamó de pronto con ojos llameantes—. ¡Él es como un reyezuelo en Blakeville! Nadie me hubiese creído, máxime después de la certificación del doctor Lance. Me hubiera cubierto de ridículo… Y puede que hubiese seguido también a Ben a la tumba.

—Aparte de lo cual, claro está, usted abrigaba la esperanza de convertirse en la señora Sharrell.

Apretó los labios. Su mirada era dura, diamantina.

—¿Y por qué no? ¿Cree que no estoy harta de esta pobreza, de esta asquerosa miseria? «Los Sauces» me hubieran dado dinero, no prestigio, que me importa un rábano, sino dinero, mucho dinero… Hubiese tenido joyas, pieles, habría viajado por Europa… ¿Por qué, si no, se hubiera casado cualquier mujer con aquel monstruo sin manos?

Jadeaba al hablar y sus senos subían y bajaban palpitantemente. Estaba casi congestionada.

—No deseé la muerte de Ben —añadió—, pero tampoco tenía motivos para llorarle. Eso es todo… Y ahora, denúncieme si quiere. No conseguirá nada, al menos contra mí, Jeff; un defensor hábil dirá que yo estaba sometida al terror por Bram y el jurado me absolverá —puso ambas manos sobre las caderas y sacó el busto, túrgido y espléndido, a la vez que sonreía provocativamente—. ¿Qué jurado se atrevería a condenar a una joven y bella viuda, sometida por el terror a los caprichos de un sádico individuo, obligada a callar por conservar la existencia? Sea franco y diga si he de temerle, Jeff.

Callé durante unos instantes. Luego, dije:

—Puede que usted salga bien librada, Sarah, pero el asesino de Mary Pine será condenado a muerte. Como un favor personal le pido me diga dónde está su cadáver.

Los verdes ojos de Sarah fosforescieron durante unos instantes como los de un tigre. Adelantando el busto hacia mí, dijo:

—No lo sé, Jeff —dijo—. Se lo juro y puede creerme. ¡Pero aun cuando lo supiera, no se lo diría jamás! —estalló finalmente.

En aquellas palabras latía un odio infinito por la mujer que había echado por tierra sus más caros sueños, se adivinaba claramente. La miré en silencio durante unos instantes; luego, meneando la cabeza, di media vuelta y salí a la calle.

CAPÍTULO XV

Llegué a «Los Sauces» a media mañana. Entré en la mansión y me dirigí rectamente al estudio.

Carol volvió la cabeza al verme entrar. Estaba sola y corrió presurosamente hacia mí, abandonando sus útiles de trabajo.

—¡Jeff! —gritó con ansia.

Estreché sus manos mientras la contemplaba en silencio durante unos momentos. Me pareció encantadora, muy atractiva, a pesar de que aquellos instantes tenía mi cerebro ocupado en otras cosas.

—¿Y bien, Jeff? —inquirió ella.

—Lo tengo todo casi resuelto, Carol.

El pecho de la joven palpitó suavemente.

—¿Lo dice de veras?

—Sí. No hay ya la menor duda de que Mary está muerta. Solo necesito encontrar su cuerpo para demostrar la existencia del delito.

—¡Dios mío! ¿Fue... él?

—Mary murió aquí, asesinada por uno de los tres. Es cuanto puedo decirle por ahora, Carol.

—¿Qué era lo que ella había descubierto, Jeff?

—Bram Sharrell mató al esposo de Sarah O'Moyne y luego al médico que certificó como accidente lo que había sido un crimen.

—¡Qué espanto! —gimió Carol—. ¿Cómo se ha enterado?

—Esta noche. Estuve buceando en la charca y encontré el equipaje de Mary. Ella dejó escrita una declaración que servía de base para iniciar la investigación en busca de su cadáver. Ya está avisada la policía del Estado. Me han dicho que envían al capitán Laramie con dos patrulleros y una orden del juez del condado para proceder legalmente. Mi amistad con un agente del FBI me ha servido para algo —añadí.

—Es horrible, horrible —añadió Carol—. ¿Qué harán con él si encuentran el cadáver?

—Bien, será preciso dejar que la justicia siga su curso. Ahora no tendrá un Cad Caddick que le encubra.

—Hablaré con él. ¿Dónde está?

—En la charca. Desde que murió Louis, se pasa el día allí, sumido en sus meditaciones. Apenas habla, no he tocado una espátula y... Oh, Jeff, tengo un miedo espantoso, se lo digo de verdad.

Di un par de palmadas en sus manos para animarla.

—Esta misma mañana habrá terminado todo, Carol. Ahora sea buena chica y espéreme aquí. No se mueva del estudio, se lo ruego.

—De acuerdo, Jeff. Pero —me miró suplicantemente— tenga mucho cuidado.

—Oh, claro —sonreí—. Descuide, Carol.

Dejé el estudio y salí de la casa.

Caminé lentamente por el sendero enarenado, deteniéndome a pocos pasos de Sharrell. Esperé en silencio durante algunos minutos. El formidable viejo continuaba contemplando fijamente las verdosas aguas de la charca.

Al cabo de unos minutos dijo:

—¿Gruder?

—Sí.

Otra pausa.

—¿Qué quiere ahora de mí?

—Ya lo sabe usted, señor Sharrell.

—Es usted un tipo realmente notable, Gruder —seguía sin volver la cara, con los muñones por delante de su cuerpo—. ¿No quiere convencerse de que Mary se marchó de «Los Sauces»?

—Mary está en «Los Sauces» —repetí obstinadamente.

—Su fe es admirable, Gruder. ¿En qué se basa para ello?

—Uno de sus hijos lanzó el equipaje de Mary a esta misma charca. Anoche lo recuperé yo —noté que sus hombros se estremecían—. Mary transcribió al papel cierto áspero diálogo sostenido entre usted y Sarah O'Moyne. En ese diálogo sé mencionaba al esposo de Sarah y al doctor Lance. ¿Quiere que se lo repita?

—Así que ya lo sabe usted —repitió en tono reflexivo.

—Sí. ¿Por qué mató a Ben O'Moyne? ¿Para librarse de un estorbo?

—¡Era un tipo indigno, innoble! Bebía, no trabajaba, golpeaba a Sarah… ¡No merecía vivir!

—Hay otros medios legales de desembarazarse de un estorbo semejante, señor Sharrell.

—No, cuando le amenazan a uno de muerte. Tuve que defenderme, aunque no se lo crea. Ben se había enterado de lo que pasaba entre Sarah y yo y quiso matarme. Agarré una estatuilla con los muñones y le di un golpe en la cabeza, eso es todo.

—Me extraña que luego no se haya casado con Sarah —comenté.

El viejo soltó una agria risita.

—La gente podía sospechar de que yo había matado a Ben, pero si me hubiera casado con su viuda, la sospecha se habría convertido en certidumbre. De este modo hubieran podido pensar que no era ella solo la que recibía mis… atenciones —rio cínicamente—. Además, es una prójima cargante y ambiciosa. No es el tipo de mujer que yo hubiese deseado para señora de «Los Sauces».

—¿Y Mary Pine, sí?

El cuerpo de Sharrell sufrió una repentina contracción.

—Era una mujer de una pieza, Gruder.

—¿La mató porque no quiso acceder a sus pretensiones?

—¡No! ¡No! ¡No la maté yo! —bramó, convulso.

—Entonces, ¿quién fue? —insistí, terco e implacable.

—¿Por qué quiere saberlo? ¡Está muerta, eso es todo!

—El que la mató debe pagar su crimen.

Los hombros de Sharrell se dilataron unos instantes. Creí que iba a estallar.

—Pero —gritó— ¿es que no sabe que ya pagó su crimen?

Me quedé atónito. Así, pues, el asesino había sido Louis. Ahora comprendía buena parte de la verdad, aunque todavía me faltaban algunos detalles. Y comprendí también el significado de sus exclamaciones cuando agonizaba.

—Usted la amaba, ¿no es cierto? —inquirí.

—Sí. Me enamoré como un tonto a los dos días de llegar ella aquí. Es absurdo que un viejo inútil y mutilado como yo hable así, pero es la verdad. Mary Pine era el tipo de mujer con la cual yo había soñado desde los días de mi adolescencia. No pude resistirlo, créame, Gruder.

Comprendí a Sharrell. Pero no podía disculparle.

—Ella le rechazó, ¿no es cierto?

Respiró profundamente.

—Sí. Lo cual fue una lástima, verdaderamente.

—¿Y Louis? ¿Por qué la mató?

—No fue un asesinato en el verdadero sentido de la palabra. Esta vez estuvo más cerca del accidente que del homicidio. Podrá dudar de mis palabras, Gruder, y no se lo reprocharé; pero es la pura verdad.

—¿Cómo murió?

—Louis la perseguía. Sus sentimientos eran muy distintos de los míos. Un día... la acorraló aquí, en el estudio. Ella se negó a sus requerimientos; aparte de que estaba enamorada de usted, era una mujer fundamentalmente buena y honesta. Louis perdió la razón y le asestó una terrible bofetada. Mary cayó al suelo. Al caer, se golpeó con la nuca en un bloque de mármol y se rompió el cráneo. Su muerte fue instantánea, fulminante.

—¿Y usted no le hizo nada a Louis?

Nueva pausa. Roncamente, Sharrell contestó:

—Era mi hijo.

—Pero había cometido un crimen.

—¿Y qué quería que hiciese? —tronó—. ¿Entregarlo a las autoridades? ¿Iba a devolver esto la vida a la pobre Mary?

—Sus razones no resultan convincentes para mí, señor Sharrell. Mary era mi prometida, íbamos a casarnos.

—La venganza no la hará resucitar.

—Es cierto —dije, desalentado. Louis había muerto; ya había

recibido su castigo. ¿Qué podía hacer yo en tal caso? ¿Abandonar la partida?

Esto me sublevó. Había cuatro muertes más, cuatro asesinatos que era preciso castigar. El viejo Sharrell no había matado a Mary, pero sí era el culpable de la muerte de cuatro seres humanos: Ben O'Moyne, el doctor Lance, Murchison y Slocum. Se lo dije.

—¿Y qué? ¿Quién me acusará de ello? ¿Usted?

—Sí.

—No podrá hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque voy a matarlo.

Giró de repente y me apuntó con un revólver.

Me quedé helado. No hubiera sido capaz de imaginarme que el viejo estuviese armado.

Sharrell tenía en los encastres de las correas de sus muñones sendos artefactos que le servían para manejar el arma, cuya boca apuntaba rectamente a mí cara. La culata del revólver estaba encajada en mía especie de sólida pinza sostenida por el muñón derecho, en tanto que en el izquierdo tenía un ganchito metálico que se enroscaba en torno al gatillo del arma. Tenía los brazos extendidos hacia mí y su pulso era firme, sólido como el pedestal que sostenía la estatua que estaba a sus espaldas. Así supe quién me había tiroteado en el hotel y quién era el asesino de Slocum.

Traté de rehacerme.

—Matándome no conseguirá nada, Sharrell. La policía del Estado ha sido avisada. Antes de media hora llegarán aquí el capitán Laramie y unos patrulleros. Registrarán «Los Sauces» pulgada por pulgada y hallarán el cuerpo de Mary... y el mío, si es que me mata. Además, aun en el caso de que no vinieran los policías, no podría ocultar esta vez mi muerte... A menos, claro está, que matase también a Carol Wyss, la cual, si no me engaño, está en estos momentos detrás de una de las ventanas del estudio contemplando la escena.

Sharrell mantuvo el revólver en alto durante unos minutos todavía. Luego soltó una carcajada y bajó el arma.

—Es usted el mismísimo demonio, Gruder. Ha conseguido, en poco más de una semana, algo que nadie había conseguido en los días de mi existencia. Es duro, tenaz y obstinado, cualidades que merecerían un premio, sin duda alguna... de hallamos en otro lugar y en distintas circunstancias. No, no le haré nada, pero no se empeñe; jamás le diré dónde está el cadáver de Mary Pine —y tiró el revólver a un lado, con fuerte sacudida de sus muñones.

—La policía le obligará a decirlo, Sharrell.

—¡Jamás, jamás! —repitió apasionadamente—. No toqué a Mary, ni siquiera rocé uno solo de sus cabellos, pero aquella mujer era mía, mía,

¿me oye? y nadie podrá nunca arrebatármela. Estuve casado y engendré dos hijos, pero ni siquiera por mí esposa sentí el amor que llegué a sentir por Mary. No consentiré que nadie, jamás, sepa dónde yace su cuerpo. Solo yo lo sabré, Gruder, solo yo; y nadie me molestará cuando vaya a meditar al lugar donde yace.

Los sentimientos del viejo me asombraron tanto, que durante unos instantes me vi obligado a callar. Entonces, antes de que pudiera hablar, escuchamos el ruido de un automóvil.

CAPÍTULO XVI

El coche se detuvo a pocos pasos de distancia. Sarah y Caddick saltaron al suelo. Al mismo tiempo, Rhett se arrastró hacia nosotros, bajando por la loma. El deforme individuo estaba armado de un revólver.

—¡Señor Sharrell! —gritó el alguacil—. ¡Es preciso huir! ¡La policía del Estado va a llegar de un momento a otro!

Caddick me miró malignamente. Sacó el revólver y me apuntó al pecho.

—No sé lo que va a pasar después, pero sí sé una cosa, Gruder; voy a pegarle un tiro y luego...

—¡Baja el arma, Cad! —tronó el viejo.

Rhett llegó en aquel instante. Vaciló, sin saber a quién apuntar con su pistola.

—Y tú también, Rhett —ordenó su padre imperativamente—. Deja ese revólver, te digo.

El cabezota obedeció. Caddick exclamó:

—Yo no soy su hijo, Sharrell. Todavía estamos a tiempo de lanzar a este sujeto a la charca. Los policías del Estado no encontrarán jamás su cuerpo. En cinco minutos...

En aquel momento, Sarah, que había permanecido irresoluta, dio un salto hacia adelante y golpeó el brazo de Caddick, sin duda con ánimo de desarmarle. Su gesto resultó contraproducente, porque el revólver se disparó.

Bram Sharrell retrocedió como si le hubiesen pegado un terrible puñetazo en el pecho. Dio dos o tres pasos hacia atrás y apoyó su espalda en una de las piernas de la estatua. La sangre fluía del orificio que la bala había abierto en su pecho.

Rhett pareció enloquecer.

—¡Maldito! ¡Has matado a mi padre! —chilló con voz estridente. Y empezó a disparar contra Caddick, quien no se había recobrado todavía del estupor que le había causado su acción.

El alguacil pegó uno o dos saltos convulsivos y cayó al suelo, arañando la hierba. Rhett continuó disparando hasta agotar la carga. Entonces escuchamos un crujido que nos heló la sangre. Carol bajaba por el sendero a todo correr y se detuvo a pocos pasos de distancia, aterrada por el sangriento cuadro que se presentaba ante sus ojos.

Haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, Sharrell se volvió, abrazándose con los muñones a la estatua. Levantó su poderosa cabeza.

—Mary, Mary, yo te amaba. ¿Por qué...?

De súbito, su cuerpo se convulsionó. Cayó de lado y al caer, sus brazos, todavía aferrados a las piernas de la estatua, la arrastraron consigo. Entonces ocurrió algo horrible, espantoso, espeluznante.

La estatua se rompió por algunos sitios. Un hedor abominable se expandió por el ambiente. El cráneo de la estatua se abrió en dos mitades y unos cabellos dorados aparecieron a la luz del día.

Carol chilló espeluznada. Falta de fuerzas, cayó de rodillas sobre la hierba, tapándose el rostro con las manos. Estúpidamente, yo contemplaba el lugar donde hasta entonces había estado cuidadosamente oculto el cadáver de Mary.

Los motores de dos automóviles se dejaron oír. Varios hombres corrieron hacia mí. Vestían el uniforme de la policía del Estado. Uno de ellos se presentó como el capitán Laramie.

—¡Dios santo! —exclamó, al presenciar el horrendo espectáculo—. ¿Qué ha pasado aquí?

Sus hombres retrocedieron. El olor de la carne en putrefacción era espantoso.

Sarah empezó a moverse. Un guardia puso manillas en las muñecas de Rhett, que aparecía atontado, estupefacto por la tragedia desarrollada ante sus ojos, y se lo llevó en silencio.

Ayudé a Carol a ponerse en pie. Lentamente, abandonamos aquel lugar de muerte y desolación. Los guardias se habían cubierto la cara hasta los ojos con unos pañuelos para poder actuar sin desmayarse.

* * *

Días más tarde, Carol y yo abandonamos la ciudad.

Sarah fue inculpada de complicidad en los asesinatos. Pero, como había dicho, saldría bien librada. Una vez se recobrase, desplegaría ante el jurado toda la artillería gruesa de sus innegables encantos y obtendría una condena mínima, si no una absolución. Realmente, dadas las condiciones de dominio que Sharrell había ejercido sobre Blakeville, no se la podía acusar de gran cosa. Sharrell hubiera hecho estériles sus esfuerzos, caso de haberse empeñado en denunciarlo. Pero sus sueños de grandeza habían desaparecido y ese sería su castigo, mínimo según se mirase, pero muy grande desde su punto de vista.

En cuanto a Rhett, ciertamente había cometido un homicidio. Fueran cuales fueran sus defectos, había una cosa cierta: llevaba la sangre de los Sharrell en sus venas y estos, en vida, habían estado muy unidos, al menos contra los extraños. No resultaría raro, pues, que un hábil abogado consiguiese también una condena mínima o quizá la absolución, basándose tanto en su anormalidad física, que bien podía reflejarse en el intelecto, como en la locura que le había acometido al ver morir a su padre. Tenía dinero, a fin de cuentas. La vida es así y no

hay que darle vueltas.

Carol se dispuso a venir conmigo. Todavía no sabía cómo solucionar su porvenir. Bueno, quizá yo le ayudase a resolver ese problema.

Bonita Harvey estaba a la puerta del bar, al lado de un guapo mozo de cabellos rubios, el mismo que había visto cenando en el hotel «Trece Estrellas» la noche de mi llegada. La oposición a Tom Crandall parecía haber desaparecido ya por parte del viejo Harvey.

Y de Blakeville parecía haber desaparecido también aquel aire tétrico y enervante que había observado desde el primer momento. ¿Era acaso que se notaba ya la cesación que el maléfico influjo de Bram Sharrell había ejercido sobre la población durante años? De todas formas, yo me marchaba de allí.

Carol dijo:

—Tendré que buscar trabajo ahora en Nueva York, Jeff.

—Bien —murmuré, pensativo—. ¿Sabes escribir a máquina?

—Un poco, pero me defiendo.

—Si no te importa servirme de secretaria para poner en limpio el original de mi libro...

Ella me miró. Sus ojos eran luminosos, radiantes. El miedo había desaparecido ya de ellos.

Sonrió:

—Bueno, acepto mientras no encuentre otro trabajo mejor.

Puse el coche en marcha.

—¿Quién sabe? —respondí. Agité la mano y Bonita y Randall correspondieron a mí saludo—. A lo mejor te gusta y te quedas conmigo... para siempre.

Carol se reclinó en el asiento del coche.

—Es probable —suspiró, sonriente.

Aceleré. Blakeville fue quedando atrás.

Atrás quedaban también muchos recuerdos. Quedaban también nombres que tarde o temprano, inexorablemente, serían olvidados. Los Sharrell, Ben O'Moyne, Murchison, el doctor Lance, Slocum...

Y Mary Pine.

La vida es como un viento que va arrastrando las cosas hacia la lejanía del olvido. Yo no olvidaría jamás el nombre de Mary Pine... pero su recuerdo se iría esfumando poco a poco en mi mente hasta convertirse en una vaga y confusa imagen de agridulce memoria.

—¿Jeff?

—Sí, Carol.

—Me gustaría volver algún día a visitar la tumba de Mary.

Demoré la respuesta unos segundos.

—Quizá volvamos los dos juntos, Carol.

FIN

LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION 

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain